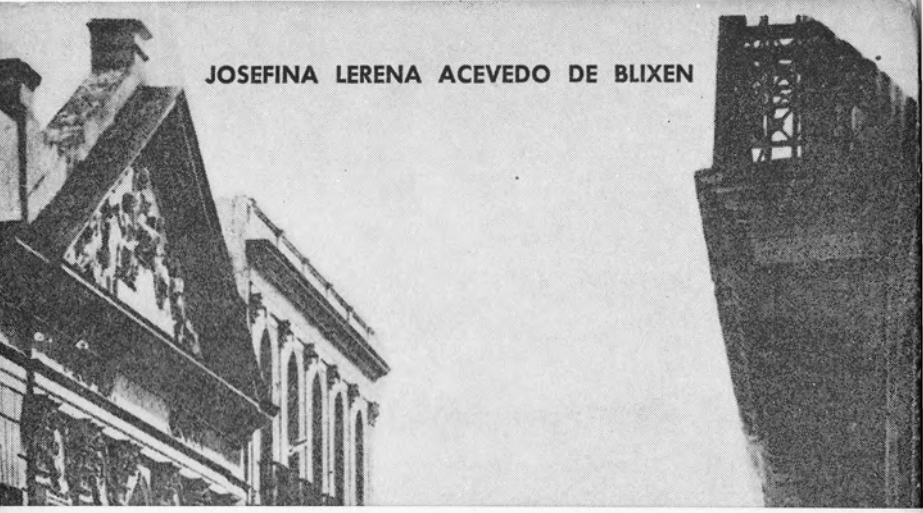
JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN



novecientos

tercera edición

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

NOVECIENTOS

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

Novecientos

Tercera edición

Ediciones del Río de la Plata
MONTEVIDEO, 1967

AQUELLAS PLAZAS DORMIDAS

1

No sé por qué yo atravesaba siempre la Plaza Independencia por la vereda del medio, en aquellos veranos de aire quemante, con las baldosas doradas de sol, cuando los árboles, como sombrillas cerradas, replegaban la sombra en sus troncos, y la plaza se llenaba de soledad.

En los estíos, la gente alargaba el camino, buscando el frescor de la Pasiva, bajo los arcos ya descascarados, codeándose con los vendedores ambulantes, junto a las pequeñas tiendas de baratijas, que adornaban sus paredes con un colorido insoportable de zarazas. De ahí que en mi memoria ella haya quedado como una visión de linterna mágica, sin la graciosa movilidad de la vida.

Y vi veranos iguales, siempre iguales, en aquella plaza que sentí de sed, hasta que un día mis ojos se encontraron con la sorpresa de que iba alzándose entre el pedregullo, frente al Hotel Bella Barcelona, aquel edificio de pesadas columnas verdes o grises que podía saludarse desde los balcones de la Casa de Gobierno.

Fue al principio un pabellón de tablones, que de pronto se hizo rojo, cual si el fuego lo hubiera pintado, y que luego rodeó la música de la tarde, y una tertulia de voces, de muselinas y abanicos, como nunca se viera en la calle. Entonces, bella aventura, llegó a la plaza la estatua de Joaquín Suárez, y su emplazamiento ofreció insólita animación. Los montevideanos se paseaban contentos, mirando hacia el ángulo sur, señalando el sitio con entusiasmo.

Pero cuando los lienzos, después de meses de cubrirla, dejaron a la vista la estatua, todos quedaron defraudados. Desde la mañana un corro se formaba allí, como en un velorio, pues los transeúntes se detenían a hablar en un perfecto acuerdo, diciendo: "Las estatuas no quedan bien de frac" o "Debía llevar casaca, como los antiguos, o la arrogancia de las charreteras y espada en vez de bastón..." O también: "¿Por qué la habrán fundido en bronce cuando son más hermosas las estatuas de mármol?" Y disgustaba a todos el basamento de granito, esa piedra ordinaria, como decían, que sólo sirve para adoquinar las calles... Algunos otros criticaban el tamaño o las proporciones...

Tal vez el disgusto que trajo la estatua de Joaquín Suárez a la ciudad impidió que se colocaran las otras restantes. Y para que cesaran aquellas conversaciones, el monumento fue llevado a un lugar lejano, al que se puso su ilustre nombre, como una compensación, pero por donde la gente no pasaba sino en tranvía.

La plaza, tranquila ya, recobró su aire antiguo, por lo cual los montevideanos pasaron otra vez, sin detenerse, sin saludarse, sin conocerse.

2

Había así que caminar unas cuadras más para encontrar amigos. Porque la Plaza Cagancha era distinta y tenía como un tono de experiencia social, con la gente sentada familiarmente en los bancos, para sostener conversaciones como de entrecasa. Allí, a modo de niños, todos gozaban esperando la salida del trencito de los carneros o mirando al hombre de los globos o acercándose al bizcochero y permaneciendo horas enteras en comunión con esa vida humilde, buena, sin ambiciones, en medio de aquellas preciosas palmeras... Era el lugar de las niñeras, de los chicos y de los vagabundos. En medio de ellos se alzaba gallardamente la estatua de la Libertad, que ninguno miraba, pues todos pasaban junto a ella como si no estuviera, como si no precisara estar en sitio tan prominente. Y así, cuando alguien se quedaba con los ojos abiertos y la boca admirada, una sonrisa de superioridad pasaba por todos los rostros, pues veían en él a alguien que debía venir de la hosquedad de los campos. Es que ni los desocupados parecían inquietarse por la libertad y acaso sólo encontraban a la estatua la utilidad de un reloj de sol.

Pero si se seguía caminando hacia afuera, pronto se pasaba de la cándida armonía de la Plaza Cagancha, a la inquietante extrañeza de la Plaza de Armas, a la que los montevideanos llamaban tercamente el Cementerio Inglés, sosteniendo que allí estaban enterrados los combatientes de las invasiones inglesas.

Era un campo sin un árbol, sin una flor, sin una mata siquiera, un campo como quemado por la leyenda. Se abría a la ciudad en 18 de Julio y Ejido, justamente frente a la panadería de los bollitos, cuyo piso se movía como el teclado de un piano, lugar sumamente valorado por todos los niños. Por lo demás, allí era todo desolación: tierra parda y huraña, ondulada y solitaria, como un mar de olas de tierra, que la gente prefería no pisar, aunque hubiera que dar vuelta por las calles adyacentes.

Pero un día alguien, no se sabe quién, hizo construir allí, precisamente allí, una feria de diversiones y el cementerio quedó enterrado bajo los teatrillos llenos de música, de cantos y de bailes, con lo cual nadie volvió a acordarse del camposanto.

Y si se seguía hacia afuera sólo se encontraba la Plaza de las Carretas.

Pero las más preciosas de ellas las tenía Montevideo en la ciudad vieja. Así, la Plaza Constitución, riente y bella, a la que la gente llamaba preferentemente Plaza Matriz y unas cuadras después la Plaza Zabala. La Plaza Matriz existía ya desde el tiempo del Virreinato. La

conocieron los patriotas y allí juraron la Constitución, y en ella se reunían los constructores de la nacionalidad. Toda la historia de la patria se iba desarrollando en ese Cabildo, del que casi formaba parte la plaza, en el que entonces todavía se reunían las Cámaras, que elegían a los Presidentes y donde éstos tomaban el mando de la República. En algún tiempo había sido la plaza de los motines, y los batallones acampaban en sus triángulos con las armas en pabellón. Allí se celebraban también las solemnes procesiones, en que los niños iban vestidos de ángeles, y las señoras, adornadas de ricos terciopelos, oraban de rodillas en la calle.

3

Pero en el Novecientos la plaza servía de marco también a reuniones sociales. En las noches de verano, mientras las bandas militares tocaban polkas y mazurcas, la juventud transitaba por la diagonal que iba de Sarandí y Cámaras a Ituzaingó y Rincón; las mujeres, vestidas de vaporosas muselinas blancas y sombreros de pastoras, con amapolas y espigas, o con grandes capelinas de plumas. Y se paseaba casi al compás de la música, con esa inocencia y frivolidad del Novecientos, rodeando la fuente de motivos mitológicos y escritas leyendas, que hacía saltar día y noche sus collares de agua.

Pero este encantamiento duraba sólo hasta que la Catedral daba las once. Porque a esa hora se apagaban los atriles, las músicas cesaban y en un segundo desaparecían los paseantes. La plaza se recogía en sí misma y podía soñar a solas...

La buena gente de Montevideo, a pesar de vivir en una ciudad flanqueada por las olas, prefería entonces, a la costa marina, la tibieza de los pequeños espacios libres, y paseaba bajo los paraísos, respirando el perfume de las flores, como podría hacerse en un pueblo de tierra adentro. Sin embargo la gente ni se detenía ni se hablaba al encontrarse de paso; solamente se saludaba a cada encuentro, se miraba, se sonreía, y volvía a hacer de nuevo el mismo camino.

En fin; al final de la península existe otra plaza de un aire más infantil que social, una plaza casi en el puerto, escondida entre las casas: la plaza Zabala, que así se llamaba antes ya de desembarcar la estatua del fundador de Montevideo a tomar posesión del lugar. Esta era como un edén secreto, más alejada de los lugares de paseo de la gente y a la que se llega por calles que terminan allí o allí nacen. Tiene aún algo de jardín ajeno, rico jardín con rejas y portones de hierro que se cerraban entonces a la puesta del sol.

Los bancos estaban ocupados siempre por viejos inmóviles, que podían parecer de piedra, pero que mientras tomaban el sol infundían respeto en medio de la lozanía de la plaza.

¿Quién hubiera podido pisar entonces aquellos canteros como de raso verde? ¿Quién se iba a animar a arrancar una de aquellas dalias como llamas, o alguno de aquellos malvones, opulentos de imprevistos rojos? ¿Quién trataría de tocar uno de los tentadores pensamientos, violetas y amarillos? ¿Quién hubiera roto caprichosamente alguno de los lazos de amor, que crecían en manojos, como almidonadas cintas?

Después, cuando sus ojos de vidrio dejaron de vigilar, acaso todo fue distinto. Y hoy sólo quedan algunas flores, entre caminos que se cruzan en todo sentido.

LOS PRIMEROS ESTÍOS JUNTO AL MAR

1

Asimismo debemos recordar las playas, aquellas incandescentes y luminosas playas de enero, a las que los montevideanos del Novecientos iban como transigiendo, a causa de sus propiedades medicinales.

Eran las mismas playas de hoy, las mismas tornasoladas aguas llenas de sal, pero no existía el placer de la playa. Empezó por aceptárselas como para prevenirse de las enfermedades del invierno, cuidando que el poderoso sol no afiebrara las cabezas y no diera a los cuerpos la entonces considerada horrible pátina del bronce. Así, la gente habría querido encontrarse con playas como de alborada, con el agua aún rosa y los luceros todavía vivos, y trataba de ir temprano, no más tarde de las ocho o las nueve, y hasta en los días entoldados de nubes abría las sombrillas.

Es que la ciencia, que crea tantos sistemas de vida, había impuesto, a aquellos tiempos dóciles, muchos sacrificios y los bañistas llegaban a la playa como si llevaran una receta en la mano. Prudentemente, los médicos sostenían que el

baño de mar debilitaba, y que no debía durar más de cinco minutos; el eminente Ricaldoni aconsejaba entrar y salir. Además, exigían que el cuerpo conservara la tonificante sal, sin pasar por la ducha dulce...

Y en verdad, cada generación encuentra manera de reírse de la que la ha precedido, sin comprender sus preocupaciones, sus prejuicios ni sus orgullos; pero es evidente que desde el Novecientos hasta nuestra época actual, es como si se hubieran acumulado montañas de tiempo, tiempo dormido, aguas mansas en un recodo del río de los recuerdos.

2

Sin embargo esas costumbres no impedían que la fama de las playas montevideanas pasara las fronteras, y que los turistas, argentinos sobre todo, con la avidez de sus brisas, cruzaran el río para gozar de esos veranos medicinales, reglamentados, severos, recatados, ceremoniosos y llenos de pudor.

Aún no habían iniciado su imperio las playas del Este, que eran sólo arenales. Ningún concepto nuevo revolucionaba la vieja modalidad familiar. Nadie concebía la posibilidad de los baños mixtos, ni tampoco de los baños de sol. Y las playas eran lugares de paso, en los que no se hacía vida social, ni se acampaba, ni habían adquirido, como más tarde, su aspecto de mercados orientales. La gente iba a zambullirse simplemente en las aguas, como en la hoy desaparecida Urquía o a la sombra del puerto, en Guruyú.

Pero Pocitos se consideraba ya una playa elegante. Recién nacía, sin embargo, entre los campos de asolear de las lavanderas, junto a un pequeño pueblo, casi humilde, de casitas bajas y calles adoquinadas, con la gente todavía asomada a las ventanas y a las puertas de calle, entre endomingada y de entrecasa.

El hotel primitivo, construído de madera, empezaba a hacerse importante, con el agregado de un sector de material, aunque a las habitaciones se llegaba por corredores abiertos, como de casillas de baño. Sólo en la puerta que daba a la calle, un conserje uniformado daba la nota lujosa.

Era cuando empezaban a levantarse los primeros palacetes de la Avenida Brasil con sus orgullosas torrecillas y sus altas y angostas ventanas celestes. Y la rambla en construcción parecía hablar del futuro.

3

La playa Ramírez quedaba más cerca de la ciudad, que le formaba como un telón de fondo, con sus chimeneas y los altos cipreses del cementerio. Era una playa muy concurrida y ya más burguesa, que tenía la originalidad de estar dividida en tres sectores: el de los hombres, el

de las mujeres y el de los caballos, que quedaba a la izquierda, junto a la punta rocosa.

No existía entonces el Parque Rodó. Aún no había llegado el día que se llamó "Día del Arbol", aquel 15 de setiembre en el que carros alegóricos recorrieron la ciudad hasta llegar a aquellos campos inhóspitos, que se juntaban con los arenales y donde los niños de las escuelas plantaron las primeras semillas en el que sería Parque Urbano, pues así se llamó en sus comienzos. Y esos árboles nacieron raquíticos por la proximidad del mar, tan cargado de salitre y de yodo y troncos torcidos por la fuerza de los vientos que los castigaban y flores quemadas, casi al nacer, por las revoltosas arenas voladoras.

La gente iba al Prado a solazarse con la naturaleza que ya era espléndida, y no tenía en cuenta aquel otro parque, apenas dibujado y sin sombra. En éste, los tranvías llevaban a la concurrencia directamente a las casillas, entrando por un alto puente de madera que unía unos baños con otros. La tercera playa permanecía casi siempre solitaria y era como un cofre de agua escondido en la bahía. La playa Capurro, que ya así se llamaba, no atraía a pesar de sus aguas dulces y celestes, sin olas, quietas como las de un lago. Encerrada entre las faldas del Cerro y la larga punta edificada de la ciudad, a modo de escolleras, se asomaba al milagro de los grandes transatlánticos y los vapores

de la carrera, los veleros de mástiles despojados, las abandonadas barcazas negras y los esquifes de los remeros.

4

Pero la fisonomía de las playas no da su espíritu, ni el espíritu de la hora y es preciso dejar la geografía para ocuparse de sus visitantes. Hay que ver pasar de nuevo a aquellos señores de importantes bigotes, de horrorosos bigotes y de bastones de caña de bambú, con sus trajes acartonados de gruesa galatea blanca, sus sombreros de paja de Panamá o de paja rígida, blancos todos, con cintas de colores y aun multicolores. Y hay que imaginarse también a las opulentas señoras de aquel tiempo, rosadas y blancas, como réplicas de las figuras de Rubens, con las caras cubiertas todavía de polvos de arroz, con su aspecto de matronas, graves, aun las jóvenes, vestidas con trajes de calle, las faldas hasta el suelo barriendo la arena o recogidas, dejando ver apenas las piernas entre los volados de las almidonadas enaguas. Usaban corsés con ballenas de hierro para presentarse con la silueta de la moda, amplios el busto y las caderas, y ajustada la cintura. Llevaban el cuello alto hasta el mismo mentón, las mangas abollonadas y largas, que prolongaban los guantes. Y usaban zapatos y medias negros, sombreros adornados con pájaros y flores, y velos sobre la cara, con motitas de terciopelo. Así paseaban esos caballeros y esas damas sobre las arenas doradas y estupefactas.

5

Y con el emperifollado vestido y llevados por zapatos que se hundían pesadamente en la arena, se caminaba hasta el carrito, que un mulero, con sus dos mulas, llevaría hasta la misma orilla del mar. Y dentro de aquél, con las puertas cerradas, sofocándose a causa del aire de fuego que se colaba por unas ventanitas diminutas, ventanitas con formas de barajas, era necesario cambiar el complicado vestido de la ciudad por un traje de baño también complicado. De nuevo, pues, había que vestirse, ya que el traje de baño empezaba por exigir una gorra de goma amarilla, con volados duros, a manera de las tocas aldeanas, para no dejar que se mojara el cabello o un sombrero de paja con bridas para defender el rostro del sol. Además, trajes de ásperas y gruesas sargas azules, con trencillas de lana blanca y anclas marineras bordadas en el peto, trajes todos iguales, como uniformes. Así, si alguien, despreciando atrevidamente el recato, miraba desde la terraza con anteojos de larga vista, como sucedía de vez en cuando, no vería caras, ni desde luego piernas, porque esos trajes tenían pantalones largos, ni siquiera vería esos pantalones, que un pollerín largo cubría, ni vería brazos, ya que se usaban mangas. Y aún algunas bañistas, más anticuadas, mantenían la vieja moda de las túnicas sueltas, que tocaban el suelo, y que había siempre que mojar enseguida para que la brisa marina no las hinchara como globos...

Sabemos que el traje muestra la psicología de una época, y estas mujeres que parecían sin cuerpos y sin caras daban la modalidad del tiempo, cuando entraban al agua a pasitos, vacilando, generalmente de la mano unas con otras, como para no caerse, con una coquetería llena de miedo, como entonces gustaba y una gracia llena de pudor y debilidad. Porque ésa era la modalidad de la época. Las niñas eran inocentes y las mujeres parecían niñas. Una educación rigurosa cuidaba de esa inocencia llena de rubores. Así, cuando el tranvía pasaba de una zona de baño a la otra y por lo tanto, por encima del baño de los hombres, las madres decían a sus hijas que no miraran hacia el lado del mar. Y las niñas, obedientes, bajaban los ojos o miraban hacia los áridos arenales.

Aquellas playas me han dejado una impresión penosa, agobiadora, asfixiante; playas hijas de una época llena de límites, de convencionalismos rigurosísimos y de normas de vivir que muchas veces no tenían nada que ver con la vida. Creo que ésa fue la causa de mi conocida aversión por las playas.

LA FIESTA DE LAS CALLES

1

Ahora vamos a pasear por ese Montevideo del Novecientos, ciudad de espíritu y calles amigas. Vamos a encontrarnos con muchas de las figuras que entonces animaban la ciudad y que, si todavía algunas andan por sus veredas, son como sus propias sombras. Retrataremos la fisonomía de aquella época amable y rezagada, con su tono social, y su atmósfera de simpatía, paseando otra vez entre quienes siempre trataban de encontrarse, como si rindieran culto a un concepto de sociabilidad muy acentuado.

Estamos refiriéndonos a una época que ignoraba los impertinentes problemas del tránsito y el nerviosismo que éste provoca, a una época en que a ninguno se le había ocurrido inventar la prisa y donde todos caminaban a pie. No circulaban aún los automóviles y sólo para muy largos recorridos se subía al tranvía. Viviremos, por unas horas, en un tiempo que no conocía las indisciplinadas bicicletas, ni las motocicletas de estridencias agresivas, cuando los coches de caballos, que eran el lujo de los ricos, dejaban a todos indiferentes y miraremos aque-

llos cupés cerrados, en los que los médicos, llenos de preocupaciones y responsabilidades, pasaban para ir de la casa de un enfermo a la casa de otro enfermo. Andaremos por calzadas que, como si fueran veredas, servían a los peatones, quienes se detenían a conversar allí tranquilamente, y en las cuales los amigos se abrazaban. En donde algunos, como, por ejemplo, Pablo Blanco Acevedo, con su bolero permanentemente echado un poco atrás, cruzaba de una vereda a la otra, de su casa al café, leyendo, con su diario abierto a la manera de biombo. Porque todos andaban por el medio de las calles céntricas como si caminaran por algún corredor de sus casas. Y asimismo las veredas rebosaban de aquella multitud sin prisa, expresión de un tiempo que parecía dormido en el aire.

2

Muchas veces los paseantes tenían que avanzar, como en fila, por algunas calles más frecuentadas; tantos se encontraban en los dos sentidos a determinadas horas. Se iba a pie a los negocios, a los empleos, a los Bancos, a las ocupaciones de gobierno, a las clases y a las fiestas. Se andaba a pie con el paraguas abierto los días de lluvia, pero de pechera blanca y galera de felpa y las señoras con zapatos de plata y diademas de brillantes.

La calle ofrecía a todos el mismo tono cordial. Y si en horas muy tempraneras pasaban estrepitosamente los carros de los tamberos sacando fuego a las piedras, y si a media mañana se veían las jardineras de los panaderos, con su pescante con visera y dos altas ruedas, y si por alguna zona de la ciudad y en determinadas calles podían encontrarse carretas con arco de lona, tiradas por mulas, desde las que se descargaban mercancías en los registros y en las casas mayoristas, puede decirse que todo el tránsito se hacía a pie. Así andaban los repartidores de las tiendas, llevando pesados paquetes; así también pasaban los pescadores, con sus dos canastones sostenidos de una viga de madera apoyada sobre el hombro; así también los vendedores de frutas. Y en parihuelas hacían las mudanzas esos changadores que, con la cuerda al hombro y fajas azules o rojas, como de toreros, conversando en las esquinas, esperaban a los clientes. Y entre ese lento andar de todos, solía pasar a menudo un coche cerrado, con un sacerdote, y un sacristán que tocaba la campanilla, para que los devotos rezaran por un moribundo al que iban a auxiliar.

3

Pero a ciertas horas y en ciertos sitios, la calle no era solamente un medio de comunicación de cada uno con sus intereses, sus afectos o sus preocupaciones, ya que se la vivía como una fiesta, como un salón.

El paseo elegante se hacía por Sarandí, en invierno, de cinco a siete y entre plaza y plaza. Aparentemente era el momento de andar de compras y las mujeres entraban a las tiendas, aunque ya no como lo hicieran en 1880, a pedir un paquetito envuelto en papel de seda relleno de algodón para simular el haber adquirido algo. Por fortuna esa moda había pasado; sin embargo, en el Novecientos se entraba a las tiendas, generalmente no a pedir ni a comprar, porque la verdad es que no se andaba en espíritu de compras y ya que todos se habían percatado de ello, no se necesitaba entonces fingir, como veinte años antes. El paseo tenía por único objeto encontrarse unos con otros.

Yo era todavía una colegiala, pero debía acompañar a una tía, ya que ninguna mujer soltera salía sola a tales horas. Aunque esa parienta viviera en calle tan céntrica como Sarandí, igual debía salir acompañada. Las señoritas paseaban en grupos o de a dos. Mi tía, siempre seria, digna, distinguida, iba como quien sabe que está cumpliendo con el rito del paseo. Aún me parece verla vestida de terciopelo negro, con su toca de encaje de plata y algún collar largo, de azabache o de oro, que se llevaba entonces hasta la cintura. Iba saludando a los transeúntes y me los nombraba. Ellos se levantaban los sombreros muy hacia arriba, a un tiempo, ya estuvieran detenidos en la calzada, junto a la vereda, o pasearan en grupos de cuatro, seis o diez.

4

Mi tía me decía: "Ese es Luis Alberto de Herrera"... "El que se acerca es Blas Vidal"... "El que pasó a tu lado era Leonel Aguirre"... "Allí viene Juan Andrés Ramírez"... "Aquel otro es Alberto Guani"... "El que me saludó recién es Toribio Vidal Bello"... Apenas algún nombre se cambiaba: Julio Castro, Federico Capurro, Augusto Morales, Jaime Arteaga y los Gómez Folle, los Castellanos, los Saavedra, los Terra, los Muñoz... "Tú ya los conoces", me decía de cuando en cuando. Pero no los conocía. Prefería mirar los vestidos de las señoritas realizados por Madame Carrau o Madame Vignaud, las dos grandes modistas francesas de la época. Esos vestidos estaban llenos de alforzas, de trencillas, de minúsculos botones, de hebillas, de bordados... Era la moda de las largas faldas de terciopelo forradas de telas susurrantes y armadas, de las batas de cotilla, de las colas recogidas, de las mangas abollonadas como faroles, de las cinturas apretadas y de los sombreros que parecían colocados en el aire y que se sostenían por medio de largos pinchos, y, además, con la mano. Y en esos sombreros, altos y aéreos, se colocaban plumas, hasta siete plumas a veces, o pájaros, o alas, y cintas, y tules, como los que pintara Gainsborough. Todo eso me fascinaba.

Y veía pasar, elegante e imperativa, a Margarita Castellanos y a las de Alvarez Mouliá,

a la hermosísima Sofía Gómez Cibils y especialmente a Carmen Perey, la gran belleza de la época.

5

Aquel paseo era un verdadero torneo. Las de Rodríguez Larreta, dos preciosas mujeres, una alta y otra baja, vestidas iguales, provocaban admiración, así como las de Maza, Adela y Luisa, vestidas también iguales, porque las hermanas entonces se ataviaban de la misma manera, como mellizas. Y ya fueran éstas o las de Pringles o las de Terra u otras, iban recibiendo los saludos de esa doble fila de hombres jóvenes, que, con sus trajes oscuros, sus cuellos duros, de cinco o seis centímetros de alto, sus galeras redondas y enguantados aunque estuvieran de saco, quedaban comentando sus bellezas.

Con frecuencia pasaba por esa misma vereda sur un hombre original, de una rara y personalísima distinción, totalmente vestido de negro, con un chambergo de alas planas, alas españolas, la corbata negra, una cinta negra que sujetaba los anteojos y una barba rala y flotante, negra también. Era Osvaldo Crispo Acosta, el único escritor que no paseaba por la vereda norte, como los otros. Porque los intelectuales y los artistas se agrupaban junto al Cabildo, ante la puerta de una pequeña librería... Allí estaban ellos con sus sacos trencillados, muchas veces con pantalones de cuadritos, con corbatas grandes y sueltas, como las moñas de los colegiales,

a veces rojas, a veces negras. Con sombreros de amplias alas, y grandes bigotes, hacían ceremoniosamente estudiados saludos, casi al estilo de los mosqueteros, mientras bajaban a la calzada para dejar pasar a las damas. Y yo caminaba ante ellos un poco asustada y con los ojos bajos.

Aquellos grupos parecían presididos por Angel Falco, hombre alto y delgado, con largos bigotes y grandes anteojos. Estas ruedas de escritores eran animadas; en ellas se apreciaba el movimiento de gente que conversaba, y presentaban un tono distinto a las otras, que estaban pendientes de la concurrencia femenina.

6

En la primera década del siglo XX, algunos escritores brillaron en esos grupos jóvenes: desde luego Julio Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, Roberto de las Carreras —lo recuerdo con su jaquet gris y su flor roja en el ojal— y Paul Minelli. Más adelante iba a ver caminar por esos sitios a Carlos Sabat Ercasty, con su aire goethiano, a Aurelio de L'Hebron, a Fernán Silva Valdés, a Julio Casal... En cuanto a Carlos Roxlo, de mayor edad que todos ellos, lo observaba pasar, más alejado, siempre del brazo de su mujer, a la que miraba con enamoramiento.

De este modo, estaban concurridas y animadas esas dos cuadras en aquel tiempo, por las

que las mujeres pasaban y volvían a pasar como aún hoy se hace en las plazas del interior de la república.

Después, al llegar a la calle Cámaras, todo era distinto. En las puertas del Jockey Club y del Club Uruguay, frente a la plaza Constitución, no pasaba ya mucha gente, pero existía como una guardia de hombres casados o viudos, en la que se destacaba la figura infaltable de Amaro Carve, un hombre alto, imponente, de levita y sombrero de copa, con larga barba peinada en dos puntas... Me parece aún verlo, saludando...

Pero rigurosamente, a las siete de la tarde se deshacía el encanto de la calle Sarandí; los hombres se iban a sus clubs y los matrimonios se paseaban del brazo por 18 de Julio.

En verano, los encuentros eran como casuales, y la gente se veía a la salida de las misas. En cambio, en la entonces llamada ciudad nueva, que se extendía entre Ciudadela y Ejido, las noches veraniegas tenían una vida animada y familiar. La gente sacaba las sillas a las veredas para conversar con los vecinos, mientras los niños corrían como si se tratara del patio de la casa, y las muchachas paseaban en fila, tomadas del brazo, de una esquina a otra.

7

Y a esos planos amables de la ciudad cordial, que gozaba con la pasiva sociabilidad, hay que

agregar otros, aún más interesantes y característicos de aquella época. Pensemos, así, en aquella ciudad de seres que sabían convivir, de población que aceptaba que cualquiera de sus calles principales amaneciera alfombrada de pasto cuando algún enfermo grave precisaba silencio. Era la forma de amortiguar el ruido de las ruedas y de los cascos sobre los adoquines, dando entonces al tránsito un ruido sordo, que invitaba a los transeúntes a bajar la voz en actitud de recogida compasión y de solidaridad profunda. Recordamos, pues, una época aldeana y familiar, pero de gente que se entendía y se ayudaba, y de calles pacientes, dulces, buenas, a veces festivas, y a veces mansas como vías de agua.

LA ANTIGUA PACIENCIA

1

Probablemente la exactitud llegó a esta tierra con la profusión de los relojes. A principios del siglo XX éstos eran un lujo; así, los que no podían reglamentar sus días por las campanadas de la Catedral, que ininterrumpidamente daban hasta los cuartos de hora, organizaban a menudo el orden familiar de acuerdo a los tranvías. Por eso solía decirse: — "Ya son las once porque acaba de pasar el tren...". La verdad es que esto ocurría porque los tranvías no eran frecuentes.

Todas las circunstancias habían contribuído a incorporar la paciencia en la modalidad general. Porque se sabía que se podía siempre llegar tarde, y además y sobre todo, que era necesario esperar.

A la hora de los regresos, los montevideanos se encontraban, sin proponérselo, a la espera del tren que los llevaría a su casa y la gente se saludaba entonces como de paso, ya que nadie quería perder un tranvía que pasaba tan espaciadamente. Se formaban grupos en las es-

quinas y los pasos se apresuraban cuando había que tomarlo en la mitad de la cuadra tras escuchar la corneta alertadora.

Pero era frecuente que ese tranvía que esperábamos —el que traía la luz verde— pasara sin detenerse y que si el cochero llegaba, tocando la corneta que anunciaba la presencia del vehículo, nos sorprendiéramos desagradablemente al leer en éste un letrero blanco con letras negras que decía: "completo". Y pasaba entonces el tren ante los fatigados transeúntes, fustigándose con el látigo al cadenero y a los tres caballos que iban al galope. Es que todos los asientos estaban ocupados y también los cuatro puestos de la plataforma posterior, que permitía el reglamento.

—¿Esperaremos otro?— nos preguntábamos.

—Esperaremos.

2

Además, los recorridos se hacían muy lentamente, lo que, agregado a las esperas, hacía que los paseos se convirtieran casi en pequeños viajes. De ahí que quienes vivían en barrios apartados se preguntaran a menudo unos a otros: —"¿Vd. va hoy al centro?". Y si era así, se entregaban al viajero cartas para el correo, o paquetes o listas de compras, porque hay que pensar que el teléfono era entonces un aparato poco común. Y el que partía para el centro, hasta llevaba saludos y recuerdos, como si fuera de viaje a las tierras gallegas. De ahí que se empleara a ese hombre en gestiones propias y ajenas, de la mañana a la noche, por lo que era importante luego conseguir el tren de regreso.

Los tranvías de aquel tiempo, por lo tanto, acortaban las posibilidades de acción de cada día, el que resultaba más corto, no sólo por los agotadores recorridos, sino por los desvíos continuos, ya que no era frecuente la existencia de la vía doble; todo esto era una prueba más que se exigía a la paciencia estoica de los pasajeros.

En el invierno, los tranvías, cerrados como cajones, llevaban a los pasajeros de frente los unos a los otros, tal vez comprendiéndose o compadeciéndose, pues iban sentados en dos largos bancos de madera ubicados desde la plataforma delantera hasta la posterior, con las ventanillas atrás, en la nuca, sin poder siquiera mirar hacia afuera. Y era un gran silencio de voces, pero se escuchaba el ruido de las ruedas de hierro sobre los durmientes de las vías y, de cuando en cuando, alguna apagada conversación de negocios o de temas triviales o el lloro de algún niño, para entretener a aquella sociedad unida y sacrificada.

3

Y allí, en medio de esos seres opacos y aburridos, Vaz Ferreira sacaba de su portafolio hojas de papel florete y escribía sin levantar la cabeza hasta el momento de bajar, como unos

años después Julio Casal, inspirado siempre, soñando como si los ojos miraran lejanías, escribía versos; cuando la llamada de la creación poética le asaltaba, componía sobre el puño de su camisa o en el boleto del tren.

Al llegar la primavera se dejaban los tranvías de invierno y se ponían en circulación los de verano. Estos eran abiertos; el aire que golpeaba la cara y la luz que entraba por los cuatro costados transformaban el sacrificio en goce. Eran un piso y un techo sostenido por varillas y si en verdad saltaban sobre las vías, como los otros, con su mismo ruido infernal de hierros por los caminos, era como si por ellos entrara el campo, como si el trébol naciera entre los bancos. Cuando andaba por la ciudad el tranvía, que iba por el borde de la calzada, parecía que convivía con las veredas llenas de mesas y de copas, tomando parte en la animación de los veranos montevideanos.

Sin embargo, esos tranvías, unos y otros, no eran sólo hierros que pasaban. En ellos existía la conciencia de la cordialidad. Los pasajeros podían no hablarse, pero ninguno protestaba nunca, ninguno dejaba de encontrar humano, que el tranvía se detuviera y que bajara el guarda a dejar a algún inválido en el zaguán de su casa, ninguno dejaba de aceptar como lógico que el tranvía se detuviera ante la puerta de cada pasajero, si era preciso. "A mí me para en esa puerta"... "A mí en aquella otra". A veces tres o cuatro paradas en una sola cuadra. Recuerdo a una señora conocida mía que se olvidó de su portamonedas y ya en el tren pidió al guarda que esperara porque lo iba a buscar a su casa. El guarda asintió. Un señor le insinuó que continuara el camino. El guarda le respondió: "—¿Cómo no voy a esperar a la señora, si me lo pide?". A veces alguien olvidaba o quería dejar un paquete en un lugar en medio del camino... Ninguno encontraba tampoco mal que, como lo hiciera alguna vez Eduardo Dieste, se pidiera al cochero que apurara, porque se estaba de prisa... Y que el cochero diera entonces latigazos a los caballos...

DESLUMBRAMIENTO

1

Después, los tranvías eléctricos recorrieron orgullosamente la ciudad. Pasaban triunfadores y eran la última conquista de la civilización. Los pasajeros ya no se contemplaban llenos de aburrimiento; tenían ventanillas para mirar hacia afuera. Y ya sólo por los exteriores de la ciudad y sin entrar al centro, siguió pasando un único tranvía de caballos, el Tren del Norte, sin gente, y como avergonzado.

Se comenzó a tener menos miramiento con los pasajeros; no se detenían los tranvías eléctricos en todas las puertas, ni esperaban a los que olvidaban algo o llegaban tarde, aunque se les hiciera señas y la gente corriera desesperada. La amable familiaridad había terminado. Pero el egoísmo quedó demostrado, probado, con los automóviles. Un grupo privilegiado transitaba por las calles sin mirar a ninguno, sin hacer subir a ninguno. Y Montevideo pasó de la vieja etapa de convivencia y solidaridad, a la de indiferencia.

Los automóviles causaron asombro y admiración. Fue para todos como una mágica sorpresa, y, entre bromas y veras, maravillados y escépticos, los montevideanos dieron a todos los vientos los estribillos de una canción popular, escrita a este propósito, que repetían en cada cuadra cinco o seis pianos frívolos. Ya no deslumbraría a ninguno el landó forrado de raso azul, que llevaba a las mujeres elegantes a las carreras internacionales de enero, como si fueran reyes que visitaran a otros reyes. Ya no se reunirían los curiosos para ver salir del Hotel Oriental, en la calle Solís, o del Hotel de las Pirámides, en la calle Ituzaingó, a los deslumbrantes "mail-coachs" de los sportsmen argentinos. Ni la gente se daría vuelta para verlos pasar con sus cuatro caballos manejados desde arriba por el propio dueño, ataviado a la elegante manera londinense, de jaquet gris y galera alta también gris, al igual que todos sus invitados. Ni llamarían la atención las bellas mujeres que los acompañaban luciendo vestidos de muselinas y sombreros con plumas. Ni se percatarían casi de que llevaban, en la parte inferior del coche, encerrados como en un cupé, a los cuatro lacayos, con los brazos cruzados y las libreas rojas o verdes.

Interesaban los automóviles.

2

Entonces para mí la ciudad estaba centralizada en la plaza Constitución, que contemplaba desde mi esquina de Rincón y Cámaras. Edificio

por edificio me eran familiares: La Matriz, el Cabildo, el Club Uruguay, la Rotisserie Charpentier, la cuadrería Maveroff, el modesto "Cafecito", el Club Inglés, el Hotel Lanata, que empezaba a construirse sobre los predios que ocuparan hasta entonces el Jockey Club y el Bazarcito. Desde un alto balcón panorámico miraba también los distintos campanarios de la ciudad, de casas de uno o dos pisos, los mares del sur y la bahía; desde ese lugar podía ver salir a uno de los dos automóviles que poseía Montevideo.

Cada tarde se detenía aquel automóvil rojo bajo mi balcón. Su propietario era el dueño del Bazar de la China, un lujoso almacén cuyas paredes exteriores, sobre fondo pintado de plateado, ostentaban figuras alusivas, con kimonos multicolores. A unos pasos del negocio detenía ese automóvil rojo, alto y angosto, que los vagos rodeaban a la espera de verlo salir. Una o dos horas después llegaba su propietario, siempre acompañado por invitados que tomaban asiento entre intimidados y sonrientes, mientras que su conductor empezaba a dar vueltas a una manija para que se calentara el motor.

La preparación era larga. El automóvil comenzaba a saltar como un caballo que se encabritara. De pronto, su conductor, seguro ya de haber llegado al momento de poner en movimiento la máquina, subía precipitadamente a su asiento. Pero casi siempre debía bajar y empezar de nuevo sus preparativos. Al fin el auto iniciaba la marcha, casi aplaudido por el públi-

co. Sólo que con alguna frecuencia se detenía a cierta distancia, habiendo a veces andado apenas media cuadra; y entonces, los que tanto esperaban su partida, condolidos tal vez, empujaban el coche, ayudando a continuar el paseo.

El segundo automóvil que entonces tenía la ciudad poseía un conductor profesional, pero las dificultades eran las mismas. Su dueño, que era Alejo Rossell y Rius, vivía en la calle 25 de Mayo, casi frente a la confitería del Telégrafo, calle donde, por haber más tránsito, era más visible aquella partida tan irregular.

Y Rossell, cuando calculaba que el automóvil estaría pronto, bajaba de su casa con su traje gris, siempre con una rosa en el ojal del jaquet, con su galera gris, sus guantes grises, su pigote gris y su bastón con puño de oro, acompañando a doña Dolores Pereyra de Rossell y Rius, vestida lujosamente de claro, con sombrero adornado y profusión de collares y abanico, ondulada y sonriente.

Pero el auto no partía. Y ante aquella repetida, incómoda salida, ellos resolvieron volver a tomar su antiguo coche de caballos y hacer que el automóvil los esperara en la puerta de Villa Dolores, el actual Jardín Zoológico; ya que ellos, que eran sus dueños, iban allí tarde a tarde. Y entonces paseaban entre las jaulas, donde nunca se supo que causaran asombro.

Estos dos autos fueron los que iniciaron el movimiento actual, tan intenso y espléndido, tan cómodo y tan despreciativo a la vez de los derechos de quienes debemos andar a pie.

EL DULCE CARNAVAL

1

Coches cuyos pasajeros se saludaban al encontrarse, como los de los barcos en alta mar, andaban por las calles, en verano especialmente, con un sentido profundo de la comunicación. Era ésta una diversión ingenua y como de niños, con su encanto inocente y espontáneo. No existía allí la etiqueta de la presentación. Cualquiera podía hablar con cualquiera, como si se llevara careta. Y sin duda así se anticipaban amistades. No regía más fórmula que la de la simpatía, que acercaba a la gente y la hacía sentirse más amiga. Allí, una flor que se ofrecía podía parecer un homenaje, impresionar como una confesión, y también no ser nada. Pero esa evasión de las acartonadas costumbres de la época no significaba atrevimiento, ni siquiera familiaridad, sino un simple tono de sociabilidad ligera, cordial, juvenil y espontánea, y acaso también cierta espiritualidad.

Más ruidosos y más pomposos eran sin duda entonces los corsos de Roma y los de Niza; menos alegres, pero de una elegancia más estiliza-

da eran las batallas de flores del bosque de Bolonia, más graves los desfiles de Hyde Park y menos comunicativos también los de la calle Florida, en los inviernos de Buenos Aires. Podría pensarse que los corsos de Montevideo eran los más cordiales y brillantes, corsos llenos de alegría y de color.

Los coches se encontraban una y cien veces como si recién se vieran. Los cocheros de libreas azules, pantalones blancos, botas negras y altas galeras iban en pescantes como torres, a la moda de entonces. Algunos coches llevaban cascabeles sonoros, otros guirnaldas de flores y aun guirnaldas de luces. Y las mujeres lucían sus vestidos de fiesta.

Otros coches llevaban a los jóvenes... Sin embargo, los novios no iban con las novias ni tampoco los hermanos con las hermanas. Era una curiosa costumbre, una rara separación, inexplicable, ya que los mozos, bajándose de sus coches, subían, de encuentro en encuentro, a otros coches, para galantemente ofrecer a la de los grandes ojos verdes o a la de los rientes ojos negros la flor que tenían en su ojal, entregándoles ellas unas margaritas o unos pensamientos.

Dos veces estuve yo en el corso, con mi capota celeste y mis cabellos sueltos. Seguía el espectáculo como si se desarrollara en la escena... No sé por qué me viene a la memoria el recuerdo de un chiquillo que, imitando a los hombres, subió a entregarme una flor. Me quedé inmóvil y mientras todos reían, sin que yo la tocara, cayó la rosa en mi falda.

Mientras tanto los coches seguían dando vueltas, como si danzaran un gigantesco vals, para volver a verse y encontrarse.

En Montevideo alternaban los coches con los carros de carnaval, en los que estaba representada la flora, la mitología, la historia, el arte, la astronomía. Empolvadas marquesas de brillantes rasos, graciosas que hubieran sido tomadas de una tela de Fragonard pasaban antes o después de unos pastores italianos o de diez radiantes princesas Lamballe, o de un carro que evocaba una noche estrellada, u otro lleno de togas romanas, o de tocas holandesas, con lo cual se iba dando a la calle una alegría fina y atractiva. La careta o el antifaz trataban de dar misterio a la fiesta, aunque siempre en una extraña atmósfera aristocrática y asimismo popular, divertida y culta.

Pero un día los automóviles se presentaron en los corsos y lo hicieron como si fueran sus enemigos.

2

Evidentemente no podían avenirse a la lentitud admitida para los coches de caballos, dueños de aquella paciencia heroica de detenerse a cada paso, y así durante horas. Los automóviles vinieron a hacer trepidar sus motores ansiosos

de velocidad y en medio de aquel ambiente cordial se presentaron con sus techos herméticos, sus puertas cerradas, sus vidrios prevenidos. ¿Podrían acaso hermanarse quienes iban en los coches tan comunicativos y con una alegría tan entregada, a aquéllos que solamente querían observar, escudriñar, mirar con ojos inquisidores? Dentro de esos vehículos había rostros duros, como desconocidos, y manos que no entraban en el juego de las flores.

Pero los corsos ya habían cumplido su misión social. Por ellos pasaron, llenas de gracia, las mujeres más jóvenes y más bellas de la hora: Margarita Maza, una rubia deslumbrante, con su amplio sombrero de festones blancos con que la recuerdo ahora y Sarah Torres Cabrera: rostro pálido, ojos negros y un bolero rojo sobre la frente. Y Renée Usher, María Angélica Ferber, Sara Casaravilla, Ernestina Muñoz Oribe, Raquel Sienra, Amalia Zumarán Arocena, María Herminia Garzón, María Elisa Blanco Wilson, Eleonora Victorica...

Los corsos habían alcanzado con ellas su más alta brillantez. Las calles se iluminaban con bombitas de gas azules y blancas. El Club Uruguay, como enjoyado de luces, daba a la plaza una claridad inusitada.

Los corsos aún no se habían oficializado, ni se habían creado esos carros grotescos que pretenden ser alegóricos. Ni los carros comerciales habían aparecido para matar aquella gracia antigua, amable y ligera.

OREMOS

1

Montevideo esperaba, siempre con la misma devoción, el dolor de la Semana Santa. La ciudad permanecía dentro de las normas de aquella religiosidad española de la Colonia, que no se amenguó con la nacionalidad. Vivía con un espíritu devotísimo, el que recibieron de las matronas de mitad del siglo XIX, que iban al templo rodeadas de toda la familia y aun de la servidumbre, que se hacían llevar las alfombras y las sillas que habían de precisarse en las vastas, despojadas naves. Y así, como aquéllas, en el Novecientos la gente pasaba horas en la meditación de la Cruz y horas escuchando las sabias palabras sacerdotales. Pero no pensemos que esta devoción profunda se parecía a la de la Semana Santa de Sevilla que narra Reyles. Nunca hubo en Montevideo la aparatosidad de las ciudades andaluzas, nunca conoció aquellas vivamente exteriorizadas explosiones de dolor, ni las lágrimas a gritos, ni el fervor de temperamentos apasionados, ni el lujo de las casas con los frentes vestidos de terciopelo, ni las confesiones hechas de rodillas en plena calle a la Ma-

carena. Montevideo mantenía una devoción severa, la del norte español tal vez, una devoción triste, ceñida y honda. Además, ninguno se habría alejado de la ciudad rezadora, para gozar, como se ha hecho luego, de una semana de reposo y de sol. Podía presentarse un otoño tentador, con los días serenos que conocemos en esta tierra, un otoño de hojas rojas y doradas... Pero la gente iba a los templos.

Fue después cuando, los hombres primero, y, luego también las mujeres, empezaron a olvidar aquellas prácticas religiosas. Recibieron muchos, como fascinante invitación, el azar de la caza y una corriente se hizo de quienes partían hacia el Este, ebrios de esperanzas y de una forma nueva de alegría.

2

Pero en el Novecientos existía la Semana Santa antigua.

Paso a paso se seguía el drama del Calvario: las palmas, la Cena... Las campanas entristecían el aire; el Jueves Santo abría la flor de sus horas llenas de perspectivas místicas y sombrías. Y sin embargo, las mujeres iban al templo con sus lujosas panas violetas, moradas y castañas; en medio de la devoción de la hora no renunciaban a ser mujeres.

Desde el alba las recordadoras campanas estaban doblando, con unos dobles que entraban

en las casas, que anudaban las gargantas. Era como si hicieran llover crespones sobre el pensamiento. Porque oprimía en verdad aquella música grave, aquel recuerdo permanente que golpeaba en el espíritu cada cuarto de hora e impresionaba como si alguien acabara de morirse.

A las dos de la tarde, mientras yo oía las campanas de la Catedral, empezaban a hacerse las estaciones: visitar siete iglesias y rezar en cada una siete padrenuestros y siete avemarías. Y los devotos llenaban ya las calles, sin mirarse, fieles a Dios. Iban de la Aguada al Cordón, a San Francisco, al Señor de la Paciencia, a la Caridad...

Uno a esto el recuerdo de mi madre, que me conducía a San Antonio, la bella iglesia revestida de mármoles de Carrara, que ese día estaban cubiertos de paños negros. Pero yo adoraba también sus tinieblas, en medio de las cuales una montaña de velas, como imán de luces, concentraba todas las oraciones. Y ante el túmulo, la gente se prosternaba, rezando sin voz, y entraba y salía rezando sin voz...

Luego, en el Seminario, se repetía la escena; los mismos paños negros cubrían los pilares, las mismas multitudes dolientes llenaban la iglesia, el mismo aire sofocante en todas. Y el gran silencio, lleno de pasos sordos, y las velas, chorreando allí también, eran como lirios que lloraban...

En la Visitación, la pequeña capilla redonda de las salesas, esas monjas que vivían detrás de altos muros y espesas rejas, tenía la misma penumbra y las mismas bujías que ardían como una pira de fuego, mientras la noche caía sobre los altares, sobre las medallas, sobre las flores que llenaban las paredes desde la hora de la fundación. Y la Vía Crucis llegaba al Huerto, a las Adoratrices, a la Concepción, a la Catedral... En el altar mayor esperaba allí siempre aquella tela de Leonardo de Vinci, entonces ya descolorida. Y empezaban los sermones, escuchados con espíritu conmovido. Porque en aquellos días se iba a la iglesia a ofrecer su sufrimiento y a llorar, aunque no se vieran las lágrimas, ya que todos se sentían penitentes, se consideraban culpables y estaban arrepentidos.

Y de ese modo y con ese espíritu llegaba el Viernes Santo.

Los trajes entonces eran como sudarios oscuros, neutros y opacos. Las campanas seguían cuidando aquel recogimiento. Y cientos de fieles iban a escuchar el Sermón de las Siete Palabras, y de noche el Sermón de la Soledad, que dejaba frío en el alma. Desde hacía siglos el mundo sentía así... Y hasta la media noche las iglesias seguían con las puertas abiertas, y los devotos meditaban y rezaban.

Pero ¡qué alivio cuando el Sábado despertaba los ojos!

Aquellas almas dolientes, abrumadas, veían a Dios otra vez en la luz, junto a ellas. Iba a ser

ya la hora de la Resurrección, en la Misa de Gloria de la Metropolitana. Pero la fiesta estaba desde antes en todos los corazones, que vibraban por el milagro eterno. Y era como si otra vez fuese primavera. Las calles, alegres, estaban rebosantes. Pronto se encenderían estrellas de oro en todos los altares, se descubrirían las imágenes, en los pilares aparecerían los suntuosos solemnes damascos rojos, repicarían las campanas ofrecidas a la ciudad como mensajes de amor, se soltarían las palomas de alas dulces, resonaría el órgano con su música celeste y los coros saludarían otra vez a Dios.

Desde la Catedral se iniciaba la fiesta de las campanas. Repicaban en seguida las campanitas de Lourdes, y la vieja campana de bronce de San Francisco. Luego, el campanario musical de los Capuchinos, y la Aguada con sus campanas como de plata, y el Socorro y entre ellas, las de pequeñas capillas, iglesitas pobres, casi sin voz, y San Agustín, dominando las lejanías; así, unas y otras, entremezclándose en una gran armonía, como una orquesta de luz.

Y las ventanas se abrían, y las familias salían a los balcones para participar de la fiesta de la Resurrección; los rostros florecían de alegría. Y la gente se felicitaba, se abrazaba; unos a otros se hacían regalos y en las casas se tendían grandes mesas... Porque el Novecientos entendía que la fiesta de Dios era la fiesta de todos.

NOSTALGIA DE LAS VIEJAS QUINTAS

1

Yo viví también unos años en una plácida quinta con glorietas calcadas a la gracia del tiempo de Marivaux. Era una quinta milyunanochescamente florida, cercada de jazmines y de heliotropos, con rosas blancas, rosas pálidas, opulentas rosas de Francia, y rosas amarillas y rojas. Y entre ellas, señor del agua, como un fanal de sombra, mi alto molino. Porque era entonces la hora de los molinos. Pienso en el engarce florido de una casa con ancha balconada adornada con diosas de mármol, y adentro, endulzando el patio, como un toldo que diera frescor, un techo compacto de doradas uvas. Y eran así las quintas del Novecientos, que iban bordeando el camino; grandes jardines o pequeños parques con sus casas casi siempre cerradas, casas de espigados miradores, todas rodeadas de pinos y pitas, de álamos, de cedros y laureles, quintas sosegadas, sin que nunca el color estridente de un vestido rompiera su armonía, ni se oyera una voz; quintas que hoy recuerdo como estampas de naturalezas muertas, llenas de ausencias.

Unas y otras iban entrelazando sus verjas, ya herrumbrosas, ya olorosas de flores, celestes de azaleas, o violetas de campanillas, como la de Washington Beltrán, que era la vieja quinta de los Platero, que continuaba el puente, con sus paredes rosadas, veladas por las cortinas permanentes de los eucaliptos, sus ventanas sin vida, el suelo sin plantas y en el invierno el peligro de aquel arroyo que la invadía como si fuera un lago.

Y luego, unida a ésta, todavía antes de la capilla de los Casaravilla, con su portón con apretadas cadenas, la casa donde había vivido con esplendor Máximo Tajes. Era un extraño palacio exagonal de seis u ocho puertas, ellas también cerradas a todas las direcciones, y que se veían a través del ramaje de los cedros azulados.

Después, hacia la izquierda, y ya en la esquina del camino que iba hacia el Prado, otra espléndida quinta, casi un parque, que se extendía tal vez más de quinientos metros, con sus tres grandes casas entre árboles centenarios, y una de ellas, joya de glicinas, que la primavera cubría con una lluvia lila, tal como la han dejado para siempre en los museos las telas de Figari y de Blanes Viale. Era ésta la posesión de un gran señor, que yo conocí como un viejito de otra época, don Carlos de Castro, entonces ya casi paralítico, que un enfermero llevaba del brazo para acompañar a cada visitante hasta el portón, porque, a pesar de las dificultades con que caminaba, no quería renunciar a realizar tal cortesía.

2

Y si se seguía el camino que llevaba al Prado, se encontraban casas animadas, llenas de gente; así la de Zumarán, la de Rodríguez Larreta, la de Lanza. Y si se continuaba por Millán, las quintas de Aguirre, de Mendoza, de Braga. Y frente a éstas, una de aquellas quintas inexplicablemente cerrada, la de Ibarra, con su precioso jardín siempre tan cuidado y en el que nunca se veía, sin embargo, a un jardinero; jardín que rodeaba a una casa de escalinatas impecables y desiertas, y, lo que era más triste y enigmático, de ventanas siempre cerradas.

Luego, por el Camino de las Instrucciones estaban las quintas de los Presidentes. A la derecha, la de Latorre, entonces inculta; enorme quinta con aire de estancia, que había que recorrer a caballo. Y frente a ésta la de Máximo Santos, que era un palacio como de ónix. A la casa, alejada de las verjas, se llegaba por un largo camino, un aislador camino bordeado de árboles oscuros. Y casi lindando a ésta, un jardín riente, que había pertenecido a Julio Herrera y Obes, con los senderos casi rojos, los canteros multicolores y la casa rodeada de galerías de vidrios también multicolores. Era una quinta alegre, distinta a las otras, plantada en un terreno alto, y que presentaba la nota cordial, abierta, que tenían las casas de Herrera. Y frente a ésta se hallaba la quinta de Domingo Mendilaharsu, político que tuvo entonces prestigio, director de "El Tiempo", cuya casa, amplí-

sima y cuadrangular, se abría a un patio interior, y a cuyo edificio se llegaba por un camino de araucarias, de altos troncos, abiertos arriba como en copas verdinegras.

Y de Millán hacia afuera, la de los Mañé, la de los Vásquez Acevedo, la de los Crosta, y por Millán hacia la ciudad, lindando con el Miguelete, la quinta de Morales, quinta señorial, con su casa color terracota que encuadraba una fuente rectangular, quinta y casa que pertenecen hoy al Museo Municipal de Bellas Artes. Y siguiendo esa línea de casas y quintas, la de Rucker, la de Terra, la de Abadie Santos, la de García Lagos, ya sobre Larrañaga. Por este camino las quintas de Posadas, de Sosa Díaz y de Gallinal, ya entre las posesiones de Jackson, que culminaban con la blanca capillita gótica, que se destacaba entre cipreses oscuros. Y en aquel nudo que formaban Millán, Larrañaga y Suárez, la primera de las quintas de entonces era la de Soneira, en forma de castillo gótico, con sus leones de piedra que guardaban la entrada. Y más abajo, las quintas de Briand, de Reyes, de Bustamante y otra más de Latorre...

Tal vez ahora se piense en un rumboso despliegue de posesiones. Pero aquel principalísimo sitio de veraneo, anterior al entusiasmo de las playas, anterior a la fascinante atracción de los encuentros en la arena, no significaba en verdad placer por el boato, sino que decía de preferencias simples y del gusto apacible del Novecientos. Porque acaso solamente se buscaba respirar aire puro, poder abrir un libro en la tarde

quieta, estar bajo los árboles al atardecer de un día de fuego, recoger fruta o cortar flores y ver así pasar el verano: enero, febrero... La gente ni siquiera trataba de encontrarse para hablar un rato bajo las acacias del camino, ni llegaba hasta los bancos de aquel inmóvil arroyo, que bordeaban sedientos sauces, y esto hacía invariablemente solitarias las tornasoladas tardes. Apenas si de noche, bajo el oro de las estrellas, algunos caminaban por aquellas veredas llenas de raíces, saludándose las familias casi sin verse, porque todas sabían que se tenían que conocer.

Y eso era todo.

3

El aislamiento formaba parte de aquella paz y del encanto vivificante de las quintas. Nunca ninguna de las casas abrió sus puertas a una fiesta. Ni siquiera se hacía música y sólo debía oírse a veces mi piano, creo que solamente mi piano... Y nada más.

De cuando en cuando, un tranvía de caballos pasaba por el camino negro, como un resplandor fugaz. Y muy tarde, en la noche, la mancha como de tinta de un carrito, a paso lento, con una vela encendida dentro de un farol, debajo del pescante; a pie, al lado, un hombre que iba al mercado llevando frutas. Y seguía la noche.

Algunas veces, de tarde, salía yo a caballo. Otras veces veía pasar algún coche: el tilbury de los Morales, el break de los Saavedra, la vo-

lanta abierta de Ildefonso García Lagos, sentado entre sus dos hijas, o el cupé cerrado de Alfredo Vásquez Acevedo, de retorno del Senado. Este coche era color café, como el caballo. Y dentro, el ilustre personaje, aquel hombre alto y delgado, siempre de galera, con su largo cabello blanco y sus bigotes blancos.

Y casi podría decir que nadie más pasaba por aquel camino.

Sin embargo, las quintas no podían ser abandonadas. Ninguno lo habría querido. Tenían el hechizo del Novecientos y de los años para los cuales el Novecientos seguía ejerciendo su mandato, con sus gustos sencillos, sus sentimientos románticos y el inocente encanto de las cosas amables. Porque todavía el siglo XX, aunque lleno de ilusiones de convivencia, parecía estático, y la revolución de las ideas aún no se había ni siquiera insinuado en ese Montevideo inocente, de buenos, pacíficos habitantes, sin mayores ambiciones de riqueza ni de poder. Había grandes injusticias sociales, pero si siempre los ricos han creído que tenían el derecho a ser ricos, los pobres, en ese tiempo, no sabían que tenían el derecho a no ser pobres.

Aún veo aquel camino amable, hermoso, que yo llenaba de sueños, con los que dialogaba en las horas diáfanas de mi existencia, la que se abría al estupor de la vida, como un lirio en medio de un jardín de colores fuertes y brillantes.

EL JUEGO DE LAS VISITAS

1

Ya esos veranos apacibles sucedían los inviernos sin movimiento social, porque ya no existían los salones de la época heroica, ni las tertulias del tiempo romántico, que habían acogido primero los vestidos de medio paso y los peinetones de carey, luego las crinolinas, los miriñaques, los polizones, y a los hombres con el frac de color, la corbata de varias vueltas y la hebilla de plata en los zapatos. En aquellas tertulias se hacía música, se recitaba, se bailaban polkas, se leían páginas literarias y se comunicaban secretos políticos. Después, las familias jugaban alrededor de la mesa de comedor a juegos ingenuos o de paciencia, al tresillo, al dominó, a la lotería, hasta las once, hora en que el mucamo llevaba el chocolate y los bizcochos de anís en bandejas de plata repujada. Pero pasado todo eso, en el Novecientos sólo había quedado la costumbre amable de visitarse de noche, aunque los matrimonios conversaban separados: los hombres en los escritorios, las mujeres en las salas. Y la antigua vida social se limitaba a tres o cuatro bailes por año, ya que

la sociedad montevideana no había encontrado esos fútiles pretextos que dan gracia a los días, el copetín tomado en las confiterías, o el rummy o el bridge jugado en el club. Y no existía el entretenimiento del cine diario. Por eso venía, quizá de muy lejos, la costumbre de las visitas.

Estas se presentaron como una necesidad y se tomaron como un rito. Las amigas cumplían entonces con todas las amigas, como si se tratara del más severo deber, y se visitaban rigurosamente.

Las modistas se afanaron por presentar bellos modelos de trajes de visita, que recibían de los brillantes modistas franceses. Paquin o Worth, habían creado aquellos terciopelos negros o castaños que tocaban el suelo; Esther Meyer y Alfonsine, los enormes sombreros de plumas que hacían sombra a los rostros. Un zorro, con cabeza y cola, era el abrigo elegante; un deslumbrante zorro blanco para las rubias, un sentador zorro oscuro para las morenas. Y así, emperifolladas como muñecas, con collares, pendientes y pulseras con brillantes y perlas y una ilusión de polvos blancos sobre la cara, salían a pie, calzando zapatos de antílope, con tacos de siete centímetros de alto y guantes de piel de Suecia. No era el momento de pasear por Sarandí; íbase directamente a hacer visitas, las que no quedaban lejos: en Rincón, en Cerrito, en Buenos Aires o en Piedras... A veces parecía que el viento fuese a arrancar en cada bocacalle las altas plumas de los sombreros o que volarían los paraísos. Y se caminaba de prisa, porque allí no se encontraban más que sombras. Los hombres, con los cuellos levantados, no miraban al pasar. El invierno ponía un toque de apresuramiento a todos.

2

Si era lunes, uno de los salones interesantes era el de Flora Wells de Shaw. En la calle Colón, con el mucamo a la puerta, una casa iluminada como de fiesta, recibía con acogedora elegancia. Su hall bermellón tenía encendida la gran estufa de leña; allí, un segundo mucamo esperaba que se le entregara la tarjeta para anunciar a la recién llegada, y abrir la puerta de la antesala.

Una gran rueda de quince a veinte señoras sentadas rodeaba a la dueña de casa. Al oir un nombre, los ojos de las damas se dirigían a la puerta. La dueña de casa se levantaba. Si era mujer casada se levantaban todas, pero si era soltera no recibía ese homenaje.

Era un verdadero momento de examen de la recién llegada. Los impertinentes se fijaban en ella. Las conversaciones se interrumpían. Así era el protocolo.

¿Resultaba también protocolar el elogio con que era recibida luego cada una? Porque la recién llegada obligaba a los plácemes, a los encomios, a los más efusivos cumplidos. Encontrarse bellísimas unas a otras era de rigor. En

esas visitas no se pronunciaban sino palabras simpáticas, que hacían muy agradables los encuentros. Todas podían, así, con un poco de credulidad y algo de vanidad, imaginarse que eran bellas como Madame Recamier o la princesa Chimay. En las visitas no existían las feas. Y los trajes se elogiaban como si fueran modelos. Era un juego, un intercambio inocente de frivolidad. Y hablaban a un tiempo, porque siempre en las ruedas de mujeres ocurre así. Allí no iban hombres; apenas algún viejo diplomático acompañando a su esposa o los cronistas sociales.

Ninguna de esas señoras se olvidaba de los lunes de Enriqueta Salterain de Lessa, o de los martes de Eloísa Ibarra de Geré, de Manuela Díaz de Pena o de Isabel Buysan de Irureta Goyena, ni de los miércoles de Martha Costa del Carril, ni de los jueves de la marquesa de Medina o de Matilde Regalía de Roen, o de los sábados de Sofía Platero de Idiarte Borda, de Julia Acevedo de García Lagos o de Pilar Herrera de Arteaga. Para ello se tenían libros llenos de nombres, de direcciones y de días de recibo. Pero no solamente había que ir a las casas que se abrían con grandes recepciones, sino que era preciso visitar a todas las amistades, por lejanas que se consideraran y visitar cada casa por lo menos una vez cada invierno. Para eso era necesario subir y bajar escaleras, combinar recibos y dejar una tarjeta en las casas de quienes por alguna circunstancia no estuvieran en ellas.

Era sin duda un período de cordialidad, de simpatía en el que se valoraba la gracia amable y en el que la ronda de las visitas duraba hasta la primavera, la época en que se bebía oporto y curiosamente se convidaba con chocolatines.

LOS COMERCIANTES CABALLEROS

1

Es evidente que las grandes guerras mundiales cambiaron la mentalidad del mundo y que al inyectarle como una carga de odios, de intereses y de egoísmos, terminaron también con aquella bondad y respeto algo aldeanos, con aquellas consideraciones un poco de entrecasa, y desde luego con la exquisita cortesía montevideana. Porque la cortesía es una consecuencia de horas dulces y de ambientes serenos. Por eso, a principios del siglo, es decir, antes de la tormenta, este pueblo era cortés y tal vez lo eran todos los pueblos.

El espíritu de amabilidad era el espíritu de la época y producía en buena parte aquella satisfacción general que era característica del Novecientos. ¿Influía en ello una educación esmerada? ¿Qué causa tenía aquel evidente deseo de entenderse y ayudarse? Sea una u otra la causa, había una fácil tendencia a la simpatía. Desde luego esa convivencia es más curiosa por cuanto no era el resultado de un orden social justo, que no existía y en el que casi no se había pensado.

El ejemplo más típico lo presentaban los comercios, donde el horario era elástico, la paciencia inagotable y la caballerosidad maravillosa. Los compradores y, sobre todo, las compradoras entraban a la tienda sin prisa, a mirar las más veces, y a ser tentadas por algún hermoso objeto, por alguna mercancía nueva que generalmente no compraban. Más bien se sentaban a conversar con el dueño o con los empleados acerca de las posibilidades que éstos podían ofrecer a esa curiosa clientela. Así, las piezas de géneros eran bajadas una tras otra desde las más altas estanterías y comenzaban a acumularse en el mostrador los terciopelos y las sedas, los paños "amazonas", las suaves "charmeuses", el fino "crêpe de Chine", los otomanos, los tules de Bruselas, todos confundidos como en un mar de telas, a los que se agregaban los botones, las trencillas, las sombrillas y las pieles.

Pero había que pensar qué convenía comprar.

2

Esto demuestra, por otra parte, que en los comercios se mimaba a los clientes y que éstos eran impertinentes en cierto modo, que procedían como niños consentidos, aunque siempre también con buenos modales, lo que hacía que si la adquisición resultaba nula o por lo menos exigua, la sociabilidad era agradable. Muchas veces se regateaba el precio, porque entonces no existía el precio fijo, sino convencional; tras

esas transacciones se pagaba y no siempre al contado: en cuenta o en cuotas o cuando se podía.

Y a esos clientes se les enviaban los muestrarios a sus casas; muestras de todo, para elegir tranquilamente. Y hasta se llevaban sombreros, vestidos, zapatos, alfombras... Recuerdo que una señora conocida mía encargó un biombo a París, lo tuvo tres meses en su casa y luego lo devolvió porque no le gustaba. Creo que esta anécdota da bien el tono de la época.

Y todo se hacía dando facilidades, consultando al dueño, pidiendo la opinión a los empleados, sin que nunca se viera contrariedad en la cara de ninguno de ellos, sin que asomara ni en las manos un gesto de impaciencia... —"¿Me queda bien este color?" "¿A Vd. le parece que combinan estos dos tonos?" — Y el empleado decidía.

Pero un día, de una manera súbita, apareció el concepto rígido y antipático, concepto estrictamente comercial, como de buitres, que desconcertó a la clientela. Ya nadie iría a una tienda a instalarse. Ya no se conversaría como en un salón. A nadie se le alcanzaría una silla; las compras se harían de pie. Y habría que pasar de mostrador en mostrador, de sección en sección, para comprar un paquete de horquillas, luego para agregar a ese paquete una tijera o un frasco de agua de colonia. Y se pagaría en las cajas.

La amistad de clientes y vendedores quedó destruída; aquéllos se hicieron cada vez más anónimos, como si nunca se les hubiera visto. Y con el anonimato fueron desapareciendo poco a poco las cuentas, el crédito que se abría a los compradores. Empezó a importar menos cómo se vendía que la cantidad de dinero que entraba en las arcas.

Para los compradores, el Novecientos fue la última etapa de una bella época; los comerciantes, galantes caballeros, o quizá hombres sumamente hábiles, ofrecían las mercancías como si las regalaran y el cliente compraba casi sin acordarse que luego había de pagar.

Y a pesar de todo, y quizá por ello mismo, el comercio era muy próspero.

LA CIUDAD DE LOS CIRCULOS

1

Desde que anochecía, a esa hora de luz intermedia en la que entre un enjambre de cables cruzados y a cada media cuadra se encendían los arcos voltaicos en las casas de comercio —librerías, almacenes mayoristas, farmacias, confiterías— empezaban a formarse los círculos de amigos. Porque Montevideo era, como Madrid, una ciudad de círculos y tertulias. La gente amaba el conversar y había pocos clubs donde reunirse y desde luego menos cafés que hoy. Aquéllos eran círculos casi formales, a los que los contertulios asistían como si con ese acto cumplieran un deber. Eran grupos a los que unía a menudo un entusiasmo común, o una similar manera de pensar, o hasta quizá un interés compartido. Así, en esas y otras casas de comercio, generalmente a la hora en que menguaba el trabajo y antes de que llegara el momento de poner los postigos, entraban esas amistades, esos parientes o esos vecinos a cambiar opiniones, a comentar los sucesos del día y a hablar, ya de política, ya de alguna novedad literaria, de algún estreno teatral, de algún in-

cendio, de alguna quiebra o de las alzas o bajas de la bolsa. Se formaban ruedas, unas más revolucionarias, otras más tranquilas y conservadoras, ruedas de intelectuales, de estudiantes, de gente de teatro o de periodistas, y cada una tenía su lugar fijo.

Tal vez la vida sedentaria de la ciudad había creado la necesidad de esos acercamientos, que eran como desfogues y modos de entenderse. Con frecuencia se veía a los contertulios desde la calle, pero casi siempre ajenos a la calle, preocupados o vibrantes, viviendo sus problemas, sus controversias, sus afirmaciones, sus dudas, sus esperanzas, sus inocentes expansiones de buenos vecinos o sus ideales artísticos, sociales o políticos. Era un mundo que aún ahora me puebla el recuerdo, con sus figuras algo desvanecidas por el tiempo, pero llenas del perfume de aquella época romántica y viva que se ha ido para siempre.

2

El círculo del Polo Bamba era acaso el más famoso: diez, veinte mesas donde se hablaba casi sin escucharse, porque todos eran o se sentían ases allí y deseaban manifestar sus teorías. Cuando se pasaba por la Plaza Independencia, se veían figuras que se movían entre el humo y en medio de una batahola que en alguna ocasión era ensordecedora. Las mesas llegaban hasta la vereda, se ponían bajo los arcos y allí se con-

tinuaba la discusión, la catequización artística, la consulta, el aparte, la lectura de una primicia, la cátedra. Era donde se reunían los más talentosos de los jóvenes y los más extravagantes de los talentosos. Así, los que habían montado guardia a la tarde en la vereda o en el interior de la Librería de Orsini Bertani, esos innovadores, esos señaladores de rumbos, esos bohemios volvían a encontrarse frente a las tazas de café. Y estaban allí o en otros cafés, figuras brillantes de nuestras letras: Florencio Sánchez, Roberto de las Carreras, Alvaro Armando Vasseur, Ernesto Herrera —o Herrerita, como se le llamaba—, Horacio Quiroga, César Miranda; en algunas ocasiones Herrera y Reissig... Luego se fueron incorporando otros valores, algunos grandes: Paul Minelli, Angel Falco, Fernando Nebel, Hermenegildo y Carlos Sabat Ercasty, José G. Antuña, Alberto Zum Felde, Carlos María Vallejo, Guzmán Papini y Zas y otros. Allí se reunieron los modernistas y también los nuevos; tanto los que escribían inspirados en el espíritu europeo como los que buscaban lo nuestro. Pero todos transitaban un camino con desbordante entusiasmo y en su mayoría querían romper moldes e incluso escandalizar a los pacíficos burgueses y dar a la sociedad estancada la presencia de la rebeldía.

Otra rueda, grave ésta, seria, de una intelectualidad de matices menos revolucionarios, se reunía en la librería de Barreiro y Ramos, en la calle 25 de Mayo esquina Cámaras. Si se pasaba de mañana, algunos madrugadores estaban ya

allí. Junto a la puerta comúnmente cerrada de 25 de Mayo y a través de los vidrios podía verse a los contertulios formando rueda, sentados sobre sillones de madera, con los sombreros inclinados sobre la frente, con sus grandes bigotes, con los bastones en la mano apoyados en el suelo. Uno de los dueños, uno de aquellos dos hermanos llamados ambos Antonio Barreiro y Ramos o acaso los dos, compartían el círculo intelectual, aportando recuerdos, anécdotas, episodios de viaje, con aquella cordialidad y franqueza españolas que les caracterizaban. Y alternándose siempre, pero manteniendo una segura fidelidad, estaban Juan Zorrilla de San Martín, Carlos Vaz Ferreira, Juan Andrés Ramírez, los Jiménez de Aréchaga, Serapio del Castillo, Juan Pedro Castro, Luis Cincinato Bollo, Luis Morquio, Julio Guani, Martín Lasala, Miguel Lapeyre; y muy a menudo, Marcelo de Alvear, el ilustre argentino, cuando visitaba Montevideo, venía a departir a ese círculo. Se conversaba de Derecho, de Filosofía, de Moral, de Historia, de Política nacional o internacional, y también de temas científicos y literarios. Era una conversación seria, que continuaban los que llegaban y dejaban otros trunca al irse. Y de noche, con las lámparas de luz amortiguada colgadas del techo y los empleados, ya sin clientes, recostados a los mostradores, como público que escuchara desde los balcones del teatro, aun cuando se pasara por allí, a causa de la lluvia, con el paraguas abierto, se

veía, a través de los vidrios chorreantes, a aquellos infaltables contertulios con sus caras serias y sus actitudes meditativas.

3

Media cuadra después, siempre por 25 de Mayo, los grupos del café o cervecería Irigoyen vivían la euforia de la juventud. Eran poetas, escritores, periodistas, estudiantes que acababan de entrar a la liza con grandes bríos. Allí también se leían trabajos, páginas inéditas, porque en ese círculo figuraban muchos creadores, muchos inspirados por ideales estéticos o sociales nuevos. Estaban Emilio Frugoni, Alfredo Campos, Pablo y Daniel Blanco Acevedo, Eduardo Rodríguez Larreta, Carlos María Prando, Washington Beltrán, Julio Raúl Mendilaharsu, Juan Carlos Netto, los Montero Bustamante, Cantú. Todos podían creerse preparados para el triunfo. Eran vehementes; Enjolras se hubiera sentido bien entre ellos. Debían ser revolucionarios por principios, por estado de alma, porque vivían una anticipada plenitud. No los unía la política, ni la asiduidad universitaria, ni el trabajo; sus caminos eran distintos, pero todos conocían inquietudes vivas e idealismos fuertes.

Doscientos metros después, siguiendo la misma calle, en la esquina de Treinta y Tres, una librería de altos techos y altas estanterías llenas de libros viejos, como empolvados, que hubieran podido hacer competencia a las instaladas a ori-

llas del Sena, la Librería Berro, reunía a la juventud estudiosa. Posiblemente estaba en una situación estratégica, camino de la Universidad, que quedaba al fondo de la ciudad, sobre la península, junto a la bahía y a la vuelta de la Facultad de Derecho, ubicada en la calle Cerrito. Los estudiantes, que iban a pie hasta allí, se detenían con frecuencia en la Librería Berro. Allí estaban siempre, en las últimas horas de la tarde y lo que es más curioso, en las mañanas domingueras, aparte de Carlos María Prando, Eduardo Rodríguez Larreta y Julio Raúl Mendilaharsu, a quienes hemos visto en otros círculos, otras figuras distintas: Dardo Regules, Juan José de Arteaga, Julio Lerena Juanicó, Washington Beltrán, José Pedro Segundo, Juan Carlos Gómez Haedo, Elzeario Boix, Teodoro Herrera y Reissig, Sebastián Martorell, Carlos Zumarán Arocena, Lincoln Beltrán, Amador Sánchez y algunos otros.

En una esquina de la calle Rincón, a una cuadra de la plaza Constitución, estaban los grupos de la confitería del Jockey Club. Y allí, junto a una ventana tomaba café José Enrique Rodó.

El ensayista escuchaba más que disertaba. No era un "causeur", como se decía entonces. Su temperamento sereno no se avenía tampoco a la discusión. Pero sus palabras eran las del maestro. Un pequeño grupo de admiradores estaba a su mesa: Víctor Pérez Petit, los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil, sus compañeros de la "Revista Nacional de Literatura

y Ciencias Sociales", así como Julio Lerena Juanicó y otros más. Ya habían florecido en "Ariel" (1900) los conceptos del maestro sobre la belleza y el idealismo, su intento de lograr el entendimiento entre la caridad cristiana y la gracia helénica, sus observaciones acerca de la democracia, sus reticencias respecto de Estados Unidos, sus palabras, en fin, llenas de juventud y para la juventud, exhortándola al ensueño y a engrandecer la parte noble y alada del espíritu. Ese escritor tan notable cuanto hombre tímido, tal vez ya se hallaba enamorado de aquella preciosa mujer a la que nunca confesó su amor...

En esa misma confitería, más alejados, estaban algunos jóvenes que se improvisaban en las luchas. Seguían un rumbo distinto y eran bulliciosos, muy diferentes de los del grupo sereno de Rodó.

Y se encontraban otros círculos por otras calles. Los hombres se reunían para hablar de sus actividades, de sus intereses, de sus negocios. Trataban frente a las vidrieras o aun ante las puertas de calle una gran variedad de problemas. Eran ruedas formadas por algún vínculo: parentesco, vecindad, clientela o simplemente amistad y desde luego casi siempre comunidad de ideales. Etchegaray tenía un grupo permanente de contertulios en su almacén mayorista de 18 de Julio esquina Convención. Era un comerciante que intervenía en política y que hasta fue mediador entre gobernantes y revolucionarios. Y las sillas, aún vacías, per-

manecían en círculo, de la tarde a la noche, como a la espera de los infaltables compañeros de tertulia.

Media cuadra después, algunos profesores, algunos escritores tal vez, se encontraban en la Librería Vázquez Cores. Casi al lado se reunían los amigos de Hardoy, en su talabartería, junto al enorme caballo de madera que era el entusiasmo de todos los niños.

Por 18 de Julio hasta Queguay, y más allá de Queguay, se seguían encontrando las casas de comercio abiertas hasta las diez de la noche; almacenes, registros, bazares, tiendas, con lámparas que languidecían, dejando ver una generalmente aburrida rueda de contertulios, que estaban como preparando el sueño.

Y ya a esa hora, cuando todas las puertas se iban cerrando, quedaban todavía las boticas sacrificadamente abiertas, con sus dos fanales iluminando las vidrieras, un botellón color anaranjado y otro color turquesa, como anuncio de la existencia de salas de auxilio. Porque allí, el boticario, acostumbrado a todos los dolores y a todas las preocupaciones, tenía para los clientes consejos tranquilizadores y siempre ponía en sus manos alguna panacea maravillosa.

Estos son bosquejos, facetas de una ciudad que se comunicaba y hacía una vida familiar.

NO SE HABÍAN INVENTADO LAS COMODIDADES

1

El novecientos despreciaba aquella vieja edificación que se había arrastrado desde el tiempo de la Colonia, con grandes patios abiertos, pisos de baldosas rojas y rejas de barrotes rectos, aun en las piezas interiores, las que adquirían así un cierto tono de cárcel. Se levantaron casas lujosas, la mayoría de bajos, sobre todo en la ciudad nueva. Tenían techos altos, hasta de siete metros de altura, altas ventanas angostas, con celosías, en vez de las antiguas cortinas, y balcones de mármol. Los patios, con su piso blanco y negro, en damero grande, y sus toldos de colores, aparecían rodeados de columnas que sostenían un pequeño techo que oscurecía las habitaciones, aún más oscuras. Estos, de paredes estucadas, eran como jardines, llenos de plantas: helechos, culantrillos, se ponían frente a las puertas, suspendidos en el aire por medio de cadenas; como luces en la noche, se abrían enormes plantas que parecían montones de plumas de aves del paraíso.

Y los frentes de esas casas comenzaron también a tomar un ritmo nuevo. Se adornaban con medallones de material y los balcones altos, como abollonados, eran de hierros que se retorcían, enlazándose y desenlazándose cual si se tratara de una fiesta de serpentinas. Otras veces se colocaban balcones en las azoteas, y guirnaldas de material en las paredes. Y las celosías adquirieron colores más variados.

Evidentemente, fue el balcón el que dio, sobre todo, a la ciudad, un tono nuevo. Las familias sacaban allí sus sillas y porque salían poco tal vez, pasaban en ellos el verano abanicándose. Los balcones de las casas bajas, en las que se siguió también esa misma costumbre, llevaban un poco la casa a la calle. Y la calle se hacía entonces a su vez más íntima, más familiar, porque las mujeres se presentaban de entrecasa, con batones celestes, rosados, rojos, y las salas, abiertas sus ventanas al exterior, mostraban sus muebles cubiertos de fundas blancas para defender los tapices, luces veladas con tules y el piano, esos tres o cuatro pianos de cada cuadra, que daban a la calle sus arpegios, sus escalas, sus ejercicios.

Sin embargo, el centro de la ciudad, principalmente la ciudad vieja, tenía una edificación distinta, de altos, con casas de comercio en los bajos. Eran las casas que ocupaban habitualmente los profesionales, casas con escaleras, en medio de las cuales existía casi siempre la llamada no muy propiamente puerta cancel, de cristales.

Esta edificación, y la costumbre de que ella sirviera para el profesional y los suyos era para estos un sacrificio. Porque los consultorios o los estudios se instalaban en la parte de recepción, en las salas, antesalas, en el hall; y las familias vivían una vida interior, de silencio, de encierro, de puertas cerradas, de cortinas corridas, de aire enrarecido, de oscuridad.

Existían, es cierto, lujosas salas doradas, enteramente alfombradas con repetidos dibujos de flores, con muebles Luis XV o Luis XVI, de tapices preciosos, salas que estaban colmadas de riquezas, de mesitas, de biombos, de consolas, de lámparas, de espejos, de cuadros, de retratos, de jarrones, de almohadones, salas con sus dobles cortinas de encaje y de seda, salas que eran como joyas y tan atestadas, tan enriquecidas, que era difícil caminar por ellas o por lo menos había que poner cuidado para no derribar algún objeto de arte.

Las paredes lucían ahora tonos claros, suaves, con dibujos brillantes u opacos o a rayas, totalmente esfumados. Y sobre esas paredes, repisas, retratos con marcos de terciopelo y, desde luego, cuadros.

Algunas familias colgaban enormes figuras al óleo, abuelos o abuelas al estilo de Goya, con las caras amarillentas, y sobre fondos oscuros, trajes oscuros. Pero empezaban a triunfar los retratos de Carlos María Herrera, llenos de vida, de color y de luz, las elegantes figuras de Carlos A. Castellanos, los jardines multicolores

de Blanes Viale, las manchas celestes de Larravide, el paisajista de las horas marinas, y las telas de Milo Beretta, que tanto gustaban a Vaz Ferreira. Los pintores exponían en la casa Maveroff y poco después en Moretti, y los montevideanos fueron así gustando su arte.

Pero todavía en las paredes de las salas de orgulloso buen gusto se encontraban muchas veces aquellos inexplicables rasos rosados o amarillos con rosas pintadas y marcos de oro.

Sin embargo esas salas no podían utilizarse hasta la hora en que la clientela se retiraba. Entonces se abrían las puertas y entraba el sol si aún era tiempo, o se encendían las luces, los candelabros, y la dueña de casa podía tocar en el piano alguna polonesa de Chopin o alguno de los valses de moda: "La viuda alegre" o "Sobre las olas" y, dentro de la música nacional, la famosa habanera "La pecadora", de Dalmiro Costa.

Y era llegada la hora en que a los niños se les permitía jugar en los corredores, gritar, pelearse, y hasta llorar. La casa era suya, era la casa de la familia.

2

Pero la gente estaba acostumbrada a llevar aquella vida severa. No era caprichosa, voluntariosa, dominadora, sino gente que aceptaba las privaciones o que sabía sacrificarse.

Además, tenía un perfecto sentido de los deberes del hogar, de la colaboración y del orden. Y si viviéramos de nuevo aquel tiempo, volveríamos a encontrarnos con las comidas que reunían a la familia entera, a horas fijas, a las que todos sacrificaban o amoldaban sus horarios o sus diversiones, ya que el vínculo familiar era sumamente estrecho y hubiera sido una grave falta de respeto a los padres el hecho de que el el hijo llegara tarde a la hora de comer; generalmente no se le servían los platos anteriores.

La familia se reunía en el gran comedor, oscuro a causa de estar empapelado de colores granate o verde musgo, que se extendía a las cortinas y a las alfombras. Y allí, en medio de esa severidad, se destacaba el enorme mantel blanco con encajes, sobre el que se colocaba un centro lleno de flores todos los días renovadas. Y dos mucamas, o un mucamo, estarían junto a la mesa, prontos para servir, porque, aunque hoy parezca curioso a causa de nuestras maneras más llanas y simples, ninguno de los comensales se servía por sí mismo ni una copa de agua.

Antes de tomar asiento, reunidos ya y de pie, todos rezaban y luego, los mucamos, uniformados, pasaban las fuentes y levantaban los platos. La comida se hacía lenta, sin prisa, no sólo porque se comía mucho —ya que se servían fiambres, sopa, pescado, verduras, carnes, postres, fruta y café— sino porque existía la costumbre de prolongar ese momento de reunión y se con-

versaba largamente, aunque las relaciones entre padres e hijos eran demasiado protocolares, ya que éstos no hablaban sino cuando el padre o la madre se dirigía a ellos. El padre hablaba, contaba anécdotas, hechos, hacía reflexiones; la madre agregaba algo, pero eso no significa que no hubiera afecto entre ellos; sólo que la ternura estaba como contenida dentro de normas demasiado rígidas de etiqueta o respeto. Jamás había discusiones, jamás estridencias.

En cuanto a los dormitorios, eran generalmente ricos, tapizados con suntuosas telas, las camas con doseles cuyas cortinas partían casi del techo y terminaban con borlas de pasamanería...

Nada de eso era cómodo ni menos aún, práctico.

En los baños se tenían caloríferos a carbón, para calentar el agua. Las cocinas eran a carbón de piedra o de leña. No existían cañerías de agua caliente; las estufas eran de leña o peor aún, de ahumador petróleo.

Y de noche se leía en la cama a la luz de una pobre vela temblorosa.

Y sin embargo, nada se deseaba, porque no se habían descubierto las comodidades. Estas, y también los caprichos, llegaron después. El Novecientos seguía siendo un tiempo de simple y buena aceptación de las cosas. En invierno se combatía el frío caminando, usando ropa de abrigo, mitones, manguitos, bufandas. En verano, para tomar agua fresca se ponía un porrón de agua entre corrientes de aire. Porque no hay que olvidar que ninguno tenía hielo, ni heladera... Pantallas de paja hacían correr una pequeña brisa por las caras ardientes. Las mujeres agitaban sus abanicos.

Y de noche se subían las sillas a la azotea para respirar y para soñar con las estrellas.

NOVIOS DE ALDEA

1

Ahora salgamos por las calles a la hora del atardecer. Si no es por las céntricas, todo es soledad. A dos cuadras de la animación nos encontramos ya con calles como de barrio y ésas son las calles de los novios.

Allí, aunque haga frío, aunque una lluvia pertinaz caiga sobre la prisa de los transeúntes, bajo un árbol ya sin hojas, permanecerá un joven mirando hacia una ventana. Tiene puesto el sombrero y levantado el cuello del gabán, pero aunque truene, aunque el viento agite nubes de polvo que haga apurar el paso de la gente, él seguirá embelesado mirando a una niña que en el balcón deja que su cara se empape como si llorara.

La costumbre española de los amores en la vereda estaba arraigada entonces en Montevideo. Cierto es que no había rejas, ni claveles, ni dueñas, ni se encontraría a la vuelta de la esquina a la protectora Virgencita, a la que se le prendía un candil... Pero había una madre velando por esa criatura que se iba a en-

fermar de frío, o una hermana o una tía vigilantes aunque condescendientes. La niña tenía en tal caso un sentido de la desobediencia muy raro en otras circunstancias y desoía los llamados a la cordura y se quedaba en el balcón. La madre comprendía y comprendían los transeúntes... Montevideo era entonces una ciudad sentimental, que vivía amando a la manera romántica. Porque esos versos románticos que se escribieron durante toda la segunda mitad del siglo XIX y ese sentimiento que todavía está bastante presente en los poetas de la generación del Novecientos, a pesar de las nuevas influencias estéticas, respondía a una realidad, y no era el mero reflejo de la lectura de Hugo, Musset, Lamartine o Bécquer, aunque estos autores hayan tenido también su influencia innegable.

El enamorado se paseaba por la calle de su amada a veces sin dirigirle palabra durante meses. Porque el verdadero amor está lleno de esperanza y paciencia. ¡Cuántas esperas largas, cuántas miradas silenciosas pero ricas en timideces insinuantes! Por eso existía una simpatía general por los enamorados y por los novios, que estaban en la primera etapa de la felicidad.

Tal vez se habían visto a la salida del colegio y así se iniciaban entusiasmos infantiles. Pero la salida de misa era especialmente el momento de verse, aunque fuera de paso, porque ningún joven podía detenerse a conversar con una muchacha en la calle; eso hubiera sido

gravísima incorrección. Sólo se podía saludar y sonreir a la que pasaba. Pero en algún momento él la seguía hasta descubrir su casa, abierta a los paraísos de la calle Uruguay o a los plátanos de la calle Soriano, que eran las mejor arboladas entonces o, en fin, a cualquier lugar donde ella viviera. El se había entusiasmado, ya de sus ojos, de su talle, de su sonrisa picaresca... pero ¿cómo sería su voz? ¡Ah! La voz era un misterio.

2

Así empezaban esos "dragoneos", bien inocentes, por cierto. Porque aunque la niña se asomara a un alto balcón no estaría ni aún así sola. Pasaba el tiempo y al fin alguna palabra casual, tras una larga fidelidad, palabra aventurada y trivial, los ponía en comunicación y el enamorado comenzaba a acercarse al balcón para conversar. Y ella, siempre al lado de sus acompañantes, podía empezar a hablar con él. Un tiempo después se abría el zaguán, que era frecuentemente el paso intermedio antes de la entrada a la casa, aunque a veces esta formalidad se obviaba. Y ya en la sala, generalmente de fundas blancas, con la ventana siempre abierta a la curiosidad de los paseantes, la lámpara encendida, con la madre tejiendo o cosiendo frente a ellos y oyendo, aburrida, tontos monosílabos y sin que nunca las manos de los enamorados se tocaran, estarían hasta las once,

hora en la que el padre cerraría el diario demostrando que era el momento de retirarse.

El se iba haciendo una posición y ella, puntada a puntada, se hacía el ajuar, dejando que corrieran años llenos de ensueño, porque eran años y años llenos de proyectos, de ilusiones y de una dulce y encantadora paciencia.

LAS VELADAS ARTISTICAS

1

Montevideo tenía hábitos y gustos de aldea y sin embargo recibió entonces a grandes figuras del arte. La proximidad con Buenos Aires fue decisiva a este efecto.

Sin embargo, lejos estaba entonces de tener una cultura musical seria. La gente se detenía complacida a oir los pianitos de las limosnas, callejeros, que daban lástima al corazón y a los oídos. Apenas existían las graciosas cajas de música con dos o tres versiones, que resultaban como juguetes. Era la hora en que el mundo no poseía aún las radios, las que han popularizado la música, llevándola a todos los ámbitos civilizados, de norte a sur, de oeste a este. Sólo se tenían fonógrafos de voces estridentes, con espantosas cornetas amplificadoras.

Cierto es que todas las mujeres estudiaban piano, pero muy pocas interpretaban con talento y sentimiento a los grandes maestros de la música. Acaso no había verdadera inclinación hacia el arte, acaso éste se tomaba como un deber y se llegaba a poseer la técnica desconociendo el espíritu.

¿Cómo de ese origen incipiente se despertó la vocación musical del Novecientos? Es difícil responder a eso con precisión, pero la verdad es que la ciudad recibió casi arrobada las más puras manifestaciones del arte. ¿Puede pensarse en una sociedad inculta pero sensible? Porque la verdad es que luego se consideró que nuestro público era entusiasta y entendido, uno de los más cultos y entendidos de América, y quizás el más de todos.

¿Es que había faltado hasta entonces la experiencia musical?

Sea lo que fuere, lo cierto es que en la última década del siglo pasado, algunos compositores uruguayos empezaron también a crear obras de aliento. Luis Sambuceti fundaba el Instituto Verdi y poco después, Camilo Giucci, el discípulo de Franz Liszt, creaba el Conservatorio, al que puso el nombre de su maestro. Y así, en el Novecientos llegaron a existir a la vez cinco conservatorios, caso realmente insólito.

Pero fueron sin duda los grandes músicos extranjeros los que interesaron y hasta apasionaron. La ópera, sobre todo, pareció al público el sumum del arte. Los tenores, los barítonos fueron sus ídolos y se colocó en pedestales a las sopranos. Montevideo recibió electrizado a Salvini, a Adelina Patti, aquella que, sin orgullo tal vez, decía: "una bella voz es un don de Dios". Eva Tetrazzini fue muy aplaudida; luego la francesa Hariclée Darclée y el arpista italiano Félix Lébano. También recibieron

palmas María Barrientos, Galli Curci, Titta Ruffo, Caruso, Chaliapin, Anselmi. Y entre las voces uruguayas se destacó la de José Oxilia. Religiosamente se escuchaba a Verdi, que tal vez fuera el más admirado en ese momento, aunque también lo eran sin duda, Donizetti, Puccini, Bizet... Se obligaba a repetir todos los finales de acto de "Aída", de "Manon", de "Tosca", de "Rigoletto", de "El barbero de Sevilla", y de otras óperas más. Pero fue Toscanini quien, a principios de siglo, maravilló con su maestría inigualable, dirigiendo algunos dramas musicales de Wagner, aunque éste ya había sido escuchado pocos años antes en la versión de Roberto Stagno y Adelina Patti. Wagner, quizá no bien entendido todavía, fue, sin embargo un impacto.

2

No se había apagado todavía el estruendo provocado por Toscanini cuando se presentaron ante nuestro público Saint-Saëns y poco después Puccini... Entre tanto, los creadores uruguayos realizaban obras de destaque: Fabini, en Bélgica, obtenía el primer premio de violín en el Conservatorio de Bruselas y poco después componía sus "Tristes"; Sambuceti triunfaba en Milán con su oratorio "San Francisco de Asís", Broqua componía su ópera "Tabaré"; León Ribeiro desarrollaba asimismo su destacada obra de creador de mucho mérito.

Montevideo tenía Salones, un poco a la manera de aquellos franceses de los siglos XVII, XVIII y XIX, o de los españoles. Allí se recitaba, se ejecutaba buena música, se conversaba espiritualmente. Algunos de esos salones en los que se encontraban los representantes de la intelectualidad y de las altas esferas sociales deben ser recordados. Así por ejemplo, fueron importantes por la calidad de quienes a ellos concurrieron, el de Rosa Carril de Fernández y Medina, dama distinguida pero también tan buena cantante, que la misma Adelina Patti quedó impresionada cuando la escuchó. Otro salón no menos brillante era el de Bernabela Herrera de Herrera y Reissig, también buena cantante; asimismo sería injusto no recordar el salón de los Giucci y el de Matilde Regalía de Rosen.

La música resultó, en los salones, pues, uno de los motivos estéticos de más interés; sin embargo, el teatro se fue poco a poco posesionando del público. Y las veladas del mes de agosto fueron consideradas como la culminación de la temporada invernal.

El Solís, con sus palcos color marfil recamados de oro, con los cortinados, las paredes, los sillones y las alfombras de un rojo renacentista, era el marco de aquellas noches en las que los hombres vestían de impecable frac, la pechera blanca y el cuello palomita, los diplomáticos llevaban sus palmas de oro, los militares sus vistosos uniformes oscuros con oro y

rojo, y las mujeres se presentaban de baile, llevando vestidos que eran como nubes de tules rosas, de tules celestes o apretados vestidos que parecían vainas de luces, enteramente cubiertos de lentejuelas de oro, o rojas, o azules, o negras, así como enormes "aigrettes" en la cabeza. Y los anteojos se detenían en la escena, pero tanto como en ésta, en la sala, que era como un torneo de belleza, en el que se destacaban dos hermosísimas figuras: una rubia, María Etcheverry; la otra morena, Socorrito Martínez.

Pero ¿podía olvidar la ciudad el acontecimiento que fue la presencia de Eleonora Duse, cuando, como una ráfaga de belleza maravillosa, de expresión sublime de arte, pasó por sus teatros? Era una mujer notable y una artista genial, de quien D'Annunzio, en un momento de desbordante entusiasmo —y antes de traicionarla— dijera que "cada movimiento suyo destruía una obra de arte...". Las mujeres trataban de copiar esos movimientos, así como sus vestidos, y los hombres aplaudían sus palabras y su encanto... Y pasó por Montevideo Sara Bernhardt, la Divina Sara, como se la llamara en París, la artista que consagraba a los dramaturgos: a Bourget, a Bernstein, a Bataille, a Rostand. La artista impuso a este último con su "L'Aiglon", audazmente para entonces, pues vistió de oficial austríaco, como lo hacía el hijo de Napoleón, llevando el uniforme blanco, la casaca con alamares de oro, las botas negras y el cinto azul. Y Montevideo

quedó subyugado con su voz de terciopelo, su imperio, sus ojos y su fuerza insinuante. Y recibió y aplaudió a Réjane, a Coquelin, a Le Bargy, a Guitry, a Tina di Lorenzo, la bella italiana, a Brulé, a Brasseur, a Rosario Pino, a la Comedia Francesa, a Fernando Díaz de Mendoza, el noble español, y a María Guerrero, que con mucha dignidad artística representaban a Lope de Vega, a Calderón de la Barca, a Tirso de Molina y otros grandes valores del drama hispánico. Y los apáticos burgueses aplaudieron las representaciones del Casino de París.

Un día llegó al Uruguay Nijinski, el bailarín ruso nunca igualado y otro día se presentó la Pavlova, la bailarina alada, y los bailes rusos se impusieron. Y en el Urquiza se presentaron Frégoli, el genial transformista y Leo Füller y la Bella Otero, la que despertó tanto entusiasmo que los hombres subían a la escena misma para aplaudirla.

Porque a veces la gente seguía aplaudiendo aún cuando las luces ya estaban apagadas. Los "¡bravos!" en el paraíso eran ensordecedores. Desde la cazuela se arrojaban flores al escenario.

Pero creo que nunca alcanzó el entusiasmo una expresión más vehemente que la noche que Jane Heading terminó su representación. Interminables vivas se coreaban y los hombres, a la salida del teatro la siguieron en manifestación. Y algunos, sacando los caballos de su

coche, lo arrastraron ellos mismos, curiosamente convertidos en corceles de frac, mientras ella, acostumbrada a la admiración, no podía, sin embargo, contenerse. Lloraba emocionada, arrojando besos a la derecha, besos a la izquierda, que graciosamente parecían volar desde la punta de sus dedos.

LAS MODAS TORTURANTES

1

Todo, sin embargo, no podía ser alegría y fiesta. El Novecientos sentía el dolor, lo compartía y lo prolongaba. Usaba luto y alargaba también el luto. Pero no era sólo Montevideo la ciudad que sentía así; el mundo entero exteriorizaba las penas y se horrorizaba si alguien omitía esas manifestaciones. Recién cuando las grandes guerras mundiales llenaron al mundo de dolor y cuando se comprendió que la gente, al soportarlo, podía hasta hacer vacilar la fe en el triunfo que buscaban los participantes de la contienda bélica, fe tan necesaria al soldado, se prohibieron los lutos. Evidentemente las multitudes, tan uniformemente vestidas de negro, ennegrecían las calles, mostrando como a gritos el desastre colectivo.

Después de esa prueba dolorosa, tremenda, la gente empezó a abandonar el luto.

Pero el Novecientos gozaba la vida y conocía una felicidad sin sombras y todavía no tenía miedo a la tristeza. Por eso sin duda llevaba lutos que ahora dan escalofríos. Porque su rigurosidad llegaba hasta a los niños, que anda-

ban por la calle con sus trajes negros, sus sombreros negros, sus zapatos, sus medias y sus guantes negros... Y la servidumbre de las casas debía vestir de luto para acompañar a sus amos.

2

Montevideo era una ciudad que estaba siempre pronta a condolerse y a llorar, y resultaba frecuente que en una calle animada se recibiera, como un golpe que paralizaba el espíritu, la impresión que daba un lazo de crespón en una puerta.

Era un lazo que iba desde lo alto hasta el suelo para anunciar que se estaba velando a alguno. Y la gente, llena de inquietudes, preguntaba... Entonces, el hombre tétrico que cuidaba la puerta iba informando. Porque tanto entraba en su oficio el informar como el vestir de negro.

Y la noticia corría por la calle.

Entonces se modificaban todas las actividades del día, se suspendían los recibos, se olvidaban las fiestas y se pasaban las gentes la tarde, la noche y acaso dos tardes y dos noches de velorio...

Un círculo de sillas vacías, junto a las paredes de la sala y de la antesala, era colocado apresuradamente para cuando empezaran a llegar las relaciones, ataviadas de negro, dispuestas a formar la rueda inmóvil y silenciosa. Y eran allí horas de congoja, con los ojos bajos,

en una seriedad respetuosa, cortada a veces por algún lloro o por una oración.

Y después, cuando aquellas primeras horas pasaban y la ciudad se iba desentumeciendo, la casa del dolor permanecía como aparte de todo, cerradas las ventanas, entornada la puerta, el piano con llave; todos hablaban en voz baja; los niños no jugaban...

La costumbre exigía que los hombres, igual que las mujeres, vistieran de negro, con corbata negra, fumo negro opaco en el sombrero y guardas negras en los pañuelos y en las tarjetas. Pero el verdadero peso del luto lo llevaban las mujeres; el rigor del mismo se ensañaba con ellas y les paralizaba toda actividad. Tenían que ponerse obligatoriamente un manto de pesado merino opaco, caliente en verano y helado en invierno, prendido al cuello por un alfiler negro y una gorra diminuta de crespón con velos que debían llegar hasta el suelo: uno para tapar la cara, otro para cubrir la figura... Y esos velos eran como muros que se alzaban entre la mujer y el mundo y que la hacían salir a la calle como si no anduviera por ella.

Años después, ese "chalón" de merino y los velos podían dejarse, pero se usaban tapados, y eso aunque fuese verano. Ellos eran todavía como sudarios que ocultaban la gracia y la belleza de las mujeres, sudarios que las iban marchitando.

Así, cuando se veían sus caras, hasta las amigas decían: —"¡Estás cambiada! Casi no te había conocido". Y en verdad, la mujer que salía de un luto era ya otra.

Pasada esa etapa, llegaba el momento de usar en los vestidos negros una tonalidad brillante y también adornos... Luego andar de gris o de lila, usar cuellos blancos... Pero de todos modos el horrible encierro había hecho perder a la mujer su sitio en el mundo.

LO INESPERADO

1

Pero ese Novecientos, tan paciente y tan cuidadoso de las tradiciones, tan severo en sus costumbres y tan simple en sus aspiraciones tuvo un fin: el feminismo. No estaba previsto y sin embargo fue así. Los tranquilos burgueses, de ingenuidad aldeaniega, tomaron por feminismo una serie de desplantes, generalmente de mal gusto, provocados por algunas mujeres europeas o norteamericanas. Se identificó el feminismo con la rebelión de la mujer en todos sus aspectos. La pregunta que se oía era: —"¿Será posible que las dulces mujeres abandonen sus hogares para ocupar el puesto de los hombres?" La gente se encontraba en la calle y uno a otro se decían: —"¡Pero! ¿Qué me dice? ¿Será posible? Eso sería una locura..."

Fue un momento de desconcierto y de inquietud, pero más bien breve. Ese feminismo no existía aún pero todo el mundo hablaba de él; hoy existe pero ya no suscita comentarios.

Ese término, de contenido bastante incomprensible entonces y de fronteras poco precisas, había entrado impetuosamente en el mun-

do. En Inglaterra, Luisa Michel se presentó a la conciencia general con un programa de agitación que pudo titularse: guerra a los hombres. Pedía para las mujeres los justos derechos cívicos y civiles, que luego se les concedieron, pero los pedía en medio de agitadas manifestaciones y con una violencia que causaba entonces más asombro que interés profundo por los problemas y soluciones necesarias. Muchos se reían. Ni siquiera las mujeres adoptaban decididamente aquella bandera revolucionaria. ¿Y los hombres? Los hombres temían bastante el triunfo de esas ideas. Las revistas de la época se llenaron entonces de caricaturas, de graciosas figuras de hombres con escoba en la mano y de altivas mujeres vistiendo la toga para defender a los clientes en los tribunales.

El Novecientos se escandalizó. Se pensó que nadie tendría hijos o que habría que encerrarlos en asilos, los que deberían ser creados en gran cantidad. Se temió la dispersión de las familias. Era todo esto como una gran amenaza, como una gran tormenta en ciernes.

2

Y uno a otro preguntaba: —"¿Y qué dice su mujer? ¿Vd. dejaría que sus hijas estudiaran con los muchachos?"

En algunos países el feminismo se presentó con caracteres de propaganda más violenta. En otros se pensó que sólo iba a servir a las mujeres feas. Existieron dos bandos. Pero mientras entre bromas y veras se discutía, el feminismo avanzaba. Las mujeres, como novedad, empezaron a aceptarlo. ¿Por qué no habrían de trabajar? Y quisieron entonces agregar derechos a sus deberes, lo que era distinto de eludirlos. Esa suma de deberes a los que no renunciaron y de derechos que lograron conquistar les hizo y les hace hoy cumplir jornadas agotadoras.

Aquí, en el Uruguay, fue como un movimiento suave, cordial, que rompió asimismo con la modalidad ingenua del Novecientos, y lentamente, casi imperceptiblemente, se fueron aceptando sus directivas. No hubo discusión. No se hicieron manifestaciones. El feminismo entró de una manera noble, natural, digna, y, sobre todo, inteligente. No se le trató como un problema social. Se le dejó evolucionar poco a poco. ¿Acaso no había ya antes mujeres que trabajaban? Las maestras ¿no eran mujeres que se ganaban la vida? ¿No existían modistas, bordadoras, encajeras y hasta pintoras?

Asimismo es posible que los hombres hubieran preferido seguir ignorando la inteligencia de las mujeres... Y con tonta malicia citaban a Schopenhauer.

Pero Paulina Luisi entró en la Universidad. Dueña de una voluntad segura, de una inteligencia seria, poseedora de las condiciones que exigía aquella decisión, asistió a las clases, a las que sólo iban los hombres. Y Montevideo calló, aunque considerando que su actitud era inusitada. La gente se asomaba a los balcones para

verla pasar por la calle 25 de Mayo al salir de los cursos. Pero ella había abierto un camino. Y ya otras mujeres, jóvenes, casi niñas, creyeron que también podrían estudiar abogacía, arquitectura, medicina... y otras, en número creciente, se fueron convirtiendo en profesoras.

3

Fue la época en que María Eugenia Vaz Ferreira se presentó en el mundo de las letras como una triunfadora. Rompió con todos los convencionalismos, y desdeñó esas páginas, que, como de almanaque, escribían las mujeres uruguayas. Con talento abrió ella una ancha vía literaria e impuso una poesía profunda, segura, inspirada, que probó cómo podían escribir las mujeres. Y fue seguida.

Quedaba aún alguna actividad que ninguna mujer se animaba a emprender; me refiero a la de los empleos administrativos. Y fue una mujer distinguida, Amalia Reyes, la que se dispuso a trabajar en una oficina pública. Eduardo Acevedo, que era entonces ministro de Industrias, no se resolvía a dar curso a esa solicitud y el mismo Batlle y Ordóñez, que era Presidente de la República, también vacilaba. Pero ella estaba resuelta. Y esa mujer fina, elegante y cultísima fue la primera que trabajó en una oficina.

Después de ella, una cantidad creciente aspiró a esos cargos. Y las mujeres, que no habían tenido hasta entonces opinión propia, que

no veían económicamente sino la solución del matrimonio como camino de futuro, supieron sacrificarse y trabajar, sin pensar en fatigas y sin mojigaterías, y agregaron a sus deberes del hogar, el estudio aburridor de los expedientes y el manejo de los asuntos de Gobierno.

Y este problema fue resuelto a principios del siglo XX, en ese mismo Novecientos tan vacilante y sentimental, tan dócil y tradicionalista, tan recatado y prudente y tan lleno de miramientos, que, desde entonces quedó como un recuerdo del pasado.

Y como una sorpresa, tal vez como un juego, más que como un avance, ha quedado en ese recuerdo aquella idea de crear un club para mujeres solas. ¿Cuál era su objeto? ¿Hablar mal de los hombres, hablar bien, olvidarlos? Ellos estaban allí, en la vereda de enfrente, formando amables filas a la salida de las revolucionarias, en la calle Uruguay. Y adentro, una vez por semana se cosía para los pobres, porque las socias seguían allí cumpliendo sus deberes piadosos. Eran trescientas o cuatrocientas mujeres jóvenes, serias, dignas, muchas de ellas inteligentes y todas educadas a la antigua manera, que se reunían en animadas fiestas para despedir a cada una de las socias que se casaba y que no por ello renunciaba luego a formar parte de esa sociedad cuyo enfoque intrigaba a Montevideo y que tenía por nombre "Entre nous".

¿Era feminismo? ¿Era acaso solamente femineidad?

INDICE

	Pág.
Aquellas plazas dormidas	5
Los primeros estíos junto al mar	13
La fiesta de las calles	21
La antigua paciencia	31
Deslumbramiento	37
El dulce carnaval	41
Oremos	45
Nostalgias de las viejas quintas	51
El juego de las visitas	57
Los comerciantes caballeros	63
La ciudad de los círculos	67
No se habían inventado las comodidades	75
Novios de aldea	83
Las veladas artísticas	87
Las modas torturantes	95
Lo inesperado	99

Se terminó de imprimir en
IMPRESORA CORDON
Dante 2156. Octubre 14, 1967.

COMISION DEL PAPEL
EDICION AMPARADA EN EL ART. 79 DE LA LEY 13.349